

[E N T R A S E]
LETRAS

MI ESPÍRITU EN PALABRAS

- TEXTOS DE JORGE ENRIQUE CELIS GIRALDO -



[^E ^N ^T ^R ^E]
LETTERS

- 10 -

One often meets his destiny on the road
he takes to avoid it.
GRAN MAESTRO OOGWAY (*Kung Fu Panda*)

CONTENIDO // // //

Agradecimientos /	5
Un breve inicio /	17
Parte 1. Enfermedad /	35
Parte 2. Angustia /	59
Parte 3. Vida /	81



Agradecimientos /

Dedico este libro a mi amada esposa, Carolina Cortés, y a mis entrañables hijos: Jorge Enrique, Juan Ignacio e Isabella, quienes con su amor salvaguardaron la llama sempiterna que da vida a mi espíritu. ¡Ustedes me rescataron de la tiranía de la enfermedad!

La pandemia, que nos consolidó como familia, me concedió la oportunidad de corroborar una y otra vez que soy un esposo y un padre muy afortunado. Estoy rodeado de

>

personas compasivas, llenas de fe, pacientes en demasía y con grandes ambiciones espirituales, intelectuales, científicas y artísticas, que se apartaron sin dudarle de sus proyectos personales para cederme su vitalidad y consagrarse a mi cuidado y recuperación.

Debo reconocer que tenía unas representaciones muy fragmentadas e incompletas de mi familia; me había quedado con unos recuerdos que no hacían justicia ni a sus experiencias recientes ni a las valoraciones que tenían sobre sí y sus vidas. Me di cuenta de que no basta compartir el mismo techo para saber quién es el otro. Se hizo evidente que las formas personales que habíamos adoptado nos estaban apartando sin ningún aspaviento: éramos desconocidos entre nosotros. Pero en los episodios más difíciles encontramos la fuerza para exteriorizar nuestros miedos y sueños y unirnos en torno a ellos.

Un profundo agradecimiento a mi mamá, María Teresa, y a mi papá, Jorge Enrique, quienes con sus oraciones y amor me acompañaron. Nuestras enfermedades nos conectaron de una forma muy emotiva y pude entender, desde mis dolores, la valentía que han tenido. Fueron comprensivos y respetuosos con mis prolongados silencios. Me recordaron que su amor es ilimitado, y sé que de él surgieron tanto su apoyo como su alegría por mi recuperación.

¡Y cómo olvidar a nuestro Mailo! No ha dejado de ser objeto de las reminiscencias familiares desde aquel octubre en que apareció, como caído del cielo, en nuestras vidas.

* * *

El amor es paciente, es servicial; el amor no tiene envidia, no es presumido ni orgulloso; no es grosero ni egoísta, no se irrita, no toma en cuenta el mal [...]. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera. El amor nunca falla.
CORINTIOS, I:13

Carolina:

Te doy las gracias por habernos mantenido unidos como familia. Nos cohesionaste alrededor de tu amor de esposa y madre, siempre dándonos muestras de fe, valentía y cuidado. Tomaste las decisiones acertadas en los momentos más difíciles y nos hiciste ver con firmeza que esta dura experiencia nos fue dada para cimentar nuestra felicidad. Deseo que sigamos caminando unidos. Nuestros espíritus se han templado para ascender por cualquier terreno, incluso el más empinado y escarpado. Estaremos muy juntos, uno al lado del otro, hasta que el ocaso caiga ante nuestras miradas.

Cuando éramos novios, nuestras conversaciones versaban sobre nuestros sueños, que se han venido materializando a lo largo de estos años, aunque nos quedan muchos más. Ellos nos han encaminado cuando hemos tenido la impresión de estarnos alejando del rumbo deseado. A través del perdón duradero, hemos sabido sortear y superar los rigores de más de una crisis. Nos hemos ido conociendo, y hoy con nuestros gestos y miradas conseguimos transmitir al otro lo que sentimos y pensamos.

El episodio de mi enfermedad ha sido una muestra fehaciente de tu amor. Deposiste hasta tu propia vida para consolarme y acompañarme cuando la bruma era más compacta. Nunca me sentí solo ni incapaz, porque siempre estabas a mi lado. En más de una ocasión te manifesté que no tenía la resolución ni la fuerza suficientes para cruzar hasta la otra

orilla, y tus palabras me ayudaron a mantener la mirada en el horizonte. Cuando me anegaba en llanto, me abrazabas para arroparme con tu seguridad. Cuando quise renunciar, irme, te impusiste recordándome la promesa de entregar nuestras vidas a nuestros hijos, que lo han sido todo desde que llegaron. Cuando me hundía en un socavón sin fondo, divisabas un arco iris en el firmamento. Cuando dudaba de mi sanidad, no me dejabas perderme en el extravío.

Guardo con mucha emoción el recuerdo de cuando fuiste a recogerme después de la primera hospitalización. Estaba desubicado y aturdido, aún no entendía lo que había sucedido, ni por qué estaba confinado ahí. Me alegré mucho cuando el médico, con su estridente voz, te llamó a decirte que me daría de alta en unas horas. Era un lunes; el número que marcaba el calendario casaba con exactitud con el del día cuando nos conocimos, casi dos décadas atrás. El amanecer se bosquejaba entre los cerros verdosos, que daban la impresión de estar tocando las crestas del cielo. Recuerdo que el médico me había puesto a prueba para cerciorarse de que podía respirar sin estar conectado a un dispensador de oxígeno. Si lo lograba, dijo, me dejaría regresar a casa. Estaba detrás de un vidrio en una silla de ruedas, aferrado a una maleta negra y sintiendo en ella el aroma inconfundible de nuestro hogar, cuando de repente apareciste en un corredor mal iluminado. Tu silueta se dibujó esplendorosamente, mientras el vidrio se desplazaba con lentitud flemática. Te pregunté, vacilante, si podía acariciar tu rostro: temía infectarte. Cuando respondiste que sí con esa dulzura tan propia de ti, me sentí vivo y supe que habías llegado para rescatarme. Las manos me temblaban y las lágrimas me inundaban el rostro. ¡Qué reencuentro más hermoso y memorable! Está incrustado en mí y me acompañará en lo que me resta por vivir.

Escuchaste con atención y paciencia mi relato de los episodios espeluznantes de aquellos diez días en que la muerte libró una batalla sin cuartel por mi vida. Te los narré tal como iban apareciendo, casi siempre en las horas en que la cerrazón dominaba el cielo. Te conté cómo regresé de la muerte dos veces. Tu reacción serena —no musitaste palabra alguna— anuló de un tajo mi vergüenza y mi martirio. Aunque la verbalización de esos episodios era una mezcla trastornada de imágenes y emociones tristísimas, nunca te detuviste a preguntar ni a comentar. Más bien, te apoderaste de esos recuerdos, los convertiste en asunto tuyo, y así se me hicieron tolerables.

Gracias por animarme a escribir estas páginas, especialmente cuando buscaba pretextos para no continuar, alegando una extenuación crónica o una sensación de esterilidad que se había instalado en mi espíritu. Llegué a considerar que escribir sobre mi tragedia era extenderla, darle más valor. ¿Por qué hablar de mi miseria, cuando la compasión escasea? ¿Para qué exponerme a los ojos de los demás, cuando falta empatía? Así como me lo he impuesto, me decía, puedo quitarme de encima este cometido sin vacilación ni remordimiento algunos. Mi arbitrio, continuaba, será benevolente conmigo si interrumpo la escritura. Al fin y al cabo, este sería apenas uno más de los miles de textos inconclusos que en el mundo han sido. Pero tú insistías en que era bueno para mí seguir escribiendo. Me conociste con un par de escritos debajo del brazo, que disfrutábamos leer en voz alta mientras brindábamos con malteadas color caramelo. Muchos años después, me decías que la escritura me ayudaría a conocerme y a que me conocieras, ahora que era un extraño para ti y para mí, un hombre descolocado sin identidad. Además, el relato de mis vivencias podría servirle a alguien. Pero también fuiste prudente cuando, al notar cambios bruscos en mi estado de ánimo, me pediste que suspendiera la escritura. En esos

momentos era necesario alejarme para examinar mejor las cosas y hacer juicios más cuidadosos. Dejarse arrastrar por la desesperación es más fácil de lo que uno cree, y con mayor razón si está rememorando algo tan penoso.

Aunque yo sentía que estaba produciendo naderías, me entusiasmaba sobremanera al ver las expresiones de tu rostro cuando leías mis textos. Y así retomé la escritura, avanzando con pomposa lentitud, vislumbrando que me tomaría meses, quizá años, concluir estas páginas.

Gracias también por sembrar la paciencia en mi espíritu. Cuando el dolor en mi pecho se hacía insoportable y el silencio se apropiaba de mi voz, me alteraba de inmediato y recurría a las palabras más desalentadoras y sombrías de mi repertorio. Pensaba con desesperación que cada día era peor que el anterior y que jamás llegaría la recuperación, pues no la merecía. En esos momentos me instabas con ahínco a ser paciente y a reconocer lo conquistado, aunque pareciera poco, piedra sólida sobre la cual se estaba cimentando mi mejoría. Por fortuna nunca te sintonizaste con mis insensateces. Con la humildad propia del amor, tu paciencia fue el oasis donde recobré fuerzas para perseverar. Y rindió sus frutos: pasados algunos días, pudimos empacar en su caja marrón la máquina que producía oxígeno, sabiendo que no la conectaríamos más. Cuando fijamos el último trozo de cinta adhesiva en la parte superior suspiré, con alivio y asombro. Era el ritual de cierre que estuvimos deseando por tanto tiempo y que tú siempre creíste posible.

* * *

Un agradecimiento muy especial al cuerpo médico y de enfermería que me acogió, diagnosticó, trató y cuidó. El sistema de salud estaba entonces al límite, desbordado en muchos casos, y ninguna de esas personas perdió la mística profesional ni la vocación de servicio. Cuando me sentía desfallecer, siempre hubo alguien que hizo lo posible para ponerme en pie. No solo procuraron mi bienestar corporal, sino también el espiritual. Al indagar sobre mí me hacían sentir como un individuo con valía. Las conversaciones improvisadas al amanecer, horas antes de las cirugías, fueron muy efectivas para sosegar mi espíritu y encontrar alguna serenidad. Las sonrisas causadas por las bromas de unos y otros, mientras me conducían por los pasillos a las horas más insospechadas, hicieron que mis calamidades fueran más llevaderas.

Los cables enredados en mi torso y la cánula que hacía posible mi respiración no fueron impedimento para que las enfermeras auxiliares me rasuraran y asearan, dejándome como dispuesto para asistir a una gala: es mejor afrontar los infortunios con buen aspecto. Ellas hicieron más confortables mis hospitalizaciones. Por ejemplo, me traían mantas cuando me sentía derrotado por el helaje que se adueñaba de mis huesos. El corto y escuálido ropaje que se lleva en la unidad de cuidados intensivos no es propicio para producir calor corporal y conjurar el rechinar de dientes. El frío era más penetrante y violento que aquel que sentimos un diciembre en las áridas tundras escandinavas.

Jamás olvidaré el día en que no me llevaron desayuno y cumplía más de 96 horas sin ingerir alimento, pues había tenido dos cirugías seguidas. Una de las enfermeras jefes, sin dudarle, me invitó el capuchino y el cruasán más deliciosos que he probado. Este acto de amplísima

generosidad me hizo darme cuenta de que no estaba solo y me recordó el sentido de humanidad que debe prevalecer ante una pandemia. En fin, en el hospital viví momentos de auténtica solidaridad.

Gracias a las dos enfermeras que comprendieron la preocupación en que estaba sumido minutos antes de mi sexta intervención. Su compasión se hizo manifiesta cuando se detuvieron en la mitad de un corredor para que mi esposa, que acababa de llegar, orara cerca de mí. No parecían tener prisa y permanecieron allí hasta que Carolina terminó su plegaria, llenándome de tranquilidad.

Gracias a los médicos encargados de coordinar las UCI, que tan pacientes y comprensivos fueron cuando les pedía con mis palabras casi inaudibles que le explicaran a mi esposa qué tipo de intervención me harían y le dieran un parte lo más detallado posible. Uno habló con ella varias veces, no solo para abordar mi estado de salud, sino también para consolarla y regresar con buenas noticias para nuestros hijos. Su amabilidad fue tan grande que autorizó el ingreso de Carolina poco después de que me fuera practicada la cirugía más compleja.

Gracias a los médicos especialistas que me operaron. Ellos pusieron su conocimiento profesional, fruto de su experiencia acumulada por años, y su buena disposición para ayudarme a respirar y así recuperar mi vida. Su sinceridad, percibida en ocasiones como rudeza, me hizo entender la magnitud de mis complicaciones, pero también entrever la recuperación. No aderezaban sus conceptos. El más temible fue el que recibí un día, recién afeitado, en cuidados intensivos. El habla se esfumó mientras miraba pálido a los pacientes cercanos, que recibían ventilación a través del cuello. Recuerdo con gran emoción el día 98 de

mi recuperación: un centenar de imágenes provenientes de un examen diagnóstico fueron contundentes al sugerir que el dispositivo incrustado en mi cuerpo se debía retirar. La inexpresividad del rostro del médico no fue barrera para que su voz sonara festiva.

Gracias a las terapeutas respiratorias y físicas que nos enseñaron a mi esposa y a mí, con paciencia benedictina, a respirar, fortalecer los pulmones, desinflamar las cuerdas vocales y recuperar la movilidad y maniobrabilidad de las extremidades.

Gracias a los terapeutas que con mucha consideración me escucharon sobre mi experiencia con la enfermedad, entre sollozos, sonrisas y ese aire de racionalidad que traté de adoptar. La enfermedad desemboca en traumas que deben ser abordados en compañía de quienes se han formado para ello.

Gracias a todas las personas que acompañaron y asistieron constantemente a mi esposa durante mis hospitalizaciones. Ellas propiciaron respuestas oportunas y efectivas del sistema de salud ante las formalidades y dieron palabras de ánimo en aquellos instantes funestos en que mi vida intentaba irse para no regresar. Y, por supuesto, se alegraron genuinamente cada vez que lográbamos superar uno de los desafíos que se iban asomando.

Gracias a quienes han leído fragmentos o la totalidad de *Mi espíritu en palabras* en sus múltiples versiones y han sido tan solidarios con sus apreciaciones. Me animé a continuar escribiendo porque mi texto los indujo a la reflexión, y ese era uno de sus propósitos.

Gracias a quienes se tomaron el tiempo, en medio de sus actividades cotidianas, de hacer la revisión del texto y me señalaron errores tipográficos y de otro tipo que

afectaban su lectura fluida. Modifiqué varios fragmentos, y otros debí excluirlos porque no me fue posible recomponerlos.

18/
19

Gracias a la profesora Natalia Ruiz Rodgers, entonces Vicerrectora de Investigación de la Universidad El Bosque, quien un lunes de noviembre de 2021 aceptó leer estas páginas. El 15 de septiembre anterior, a punto de ser operado nuevamente, me había puesto a escribir para sosegarme y dejé consignada en mis notas la siguiente sentencia: «Espero alguien se interese en *Mi espíritu en palabras* o le encuentre algún valor y lo publique». La sentencia se hizo carne un martes de comienzos de diciembre, cuando la profesora Natalia me comunicó que mi texto podría ser publicado. Estaba solo cuando recibí el mensaje en la pantalla de mi teléfono móvil. El día era nublado, pero al vislumbrar *Mi espíritu en palabras* en formato de libro me envolvió un aura de luz apacible. Mi esposa fue la primera en enterarse de la primicia. Contemplar la posibilidad de ver convertidas en libro estas líneas con que quise dar paz a mi desequilibrada vida fue asombroso.

Por último, gracias a la Editorial Universidad El Bosque por darle vida formal y pública a *Mi espíritu en palabras*. Fue muy grato haber firmado los documentos dispuestos para este fin el 7 de diciembre de 2021, día en que Carolina y yo celebrábamos nuestro vigesimoprimer aniversario de matrimonio y conmemorábamos el nacimiento de nuestra hija Isabella.



UN BREVE INICIO



De unos meses para acá, me ha sido cada vez más difícil conocerme con el interés de entenderme después. Este tiempo ha sido una masa de confusión, y la frustración de la derrota me ha arruinado por completo. Las certezas sobre lo que soy han estado escaseando, y esto me impide fijar con claridad la esencia de mi identidad como persona. La desacreditación de mis convicciones fue tajante; el desmoronamiento de mi identidad, súbito. ¡Cuanto

>

más control pensé tener sobre mi vida, con más presteza me derrumbé!

24/
25

El terreno que pisaba no era firme: muchos terremotos lo habían sacudido. Tomé bocanadas de esperanza, no exiguas, procurando evitar que una gota de agua desatara la riada que podría ahogar mi espíritu en el desconsuelo. Aunque fui obstinado, la poquedad de mi ánimo arrasó con voracidad las tierras fértiles en las cuales pensaba cosechar el mañana.

El enseguida se veía tan distante que el aborrecible todavía me ancoraba en la desdicha de ser una persona sin conciencia de sí. Los atributos sobre los cuales se erigía mi singularidad se diluyeron en una carencia insondable de ponderación, lo que hacía impracticable mi discernimiento. La materia prima destinada a saber quién era (quién soy) había adquirido la forma de una ilusión; alzar un andamiaje, aunque precario, no resultaba factible en tales condiciones. Rehusarme a recurrir a esa materia era un corolario obvio, no una posición tornadiza.

Sin elementos para conocerme, y menos para entenderme, cualquier transformación de mi ruina espiritual se malograba. ¿Acaso estaba condenado a permanecer así?

Sin titubeos, abjuré de mí y me induje a un sopor trágico. Enfrentado a una penuria rampante de tiempo, me vi forzado a definirme de nuevo, desde mi subjetividad, pasando por la relación con mi familia, hasta mi presencia en la sociedad en la cual ejerzo mi ciudadanía y me gano la vida. Hacer un alto en el camino a fin de otear nuevos horizontes siempre será imprescindible, pero cuando hay una coerción excesiva sobre el espíritu, tal labor resulta escabrosamente aciaga. Y en ese momento, el mío estaba en la estacada.

¿Qué me condujo a esa situación? La enfermedad ocasionada por el COVID-19, que con alevosía fragilizó mi vida como ninguna persona lo había hecho antes. Utilizo deliberadamente el término «persona» porque asumo la enfermedad como una entidad que impone variaciones perniciosas en nuestras vidas.

Inclemente depredadora de mi identidad, esta enfermedad rompió mi espíritu. Fue tal la fuerza de la explosión que los elementos que me constituían quedaron desperdigados, algunos incluso fuera de los grandes cristales que recubrían los contornos de mi espíritu. Y los fragmentos que estaban adentro yacían en un caos enigmático, lo que incrementaba aún más mi desamparo.

Con la cabeza entre las manos y los codos sobre las piernas, cerré los ojos esperando hallar mi identidad, pero sus vestigios eran indetectables. Despojada de su carácter de objeto, se había evaporado. Mi espíritu se lamentó por esa pérdida, que en ese mismo instante entendió irreparable. Lo peor fue no encontrar varios trozos; los había visto pasar con lentitud frenética ante mis ojos, que ralentizaban cada cuadro de la escena. Con el paso de las horas, desistí: era infructuoso continuar su búsqueda. Llegué a dudar de que alguna vez hubieran estado allí.

Fueron germinando preguntas inmisericordes, que con un martilleo incansable retumbaban en mi espíritu. ¿Se debía esta pérdida a un abandono personal? ¿Cuán despreocupado había sido? ¿Pude haber impedido la enfermedad? ¿Era esta situación producto de una contingencia externa a mí, llamada pandemia, o un golpe de mala suerte?

Comenzaron a reproducirse en mi interior inflexibles discursos sobre la disposición al fracaso, que hicieron de

mi espíritu su obsequioso adepto. Ya para entonces tenía la sombría impresión de no hallar una copia exacta de mí: la enfermedad me había trastornado la memoria. Los restos con que contaba, empero, eran suficientes para disponer un boceto de la relación entre las partes. Decidí concederme algo de ecuanimidad, tratando de dar orden a ese periodo amorfo que aparecía con estrépito en mi trayectoria vital. Fue una sugestión acomodaticia, especie de mecanismo de supervivencia para congeniarme con mi espíritu.

Con algo de pegamento desleído que encontré en una de las gavetas destruidas en un rincón de mi espíritu, traté de acoplar los fragmentos aún servibles. Hay entre las ruinas objetos que alivianan la fatalidad; aunque la tragedia nos consuma, la dicha urde maneras para elevar nuestro ánimo.

Para dar comienzo a la labor de encadenar lo que somos a partir de lo que fuimos no basta con tener una substancia con la cual trabajar: los pertrechos del cuerpo deben estar en buena forma. La enfermedad, no obstante, había afectado mi organismo y algunas de sus funciones básicas. Primero obstaculizó la respiración, impidiendo que el aire llegara a mis pulmones; después anuló mi voz, hasta aislarne de los demás; y finalmente se ensañó con mis manos y articulaciones. Al parecer, no estaba dispuesta a liberarme de las gruesas cadenas eslabonadas por la ausencia tajante de una conciencia de mí mismo y de los demás.

Con desaforada angustia, produje muchas versiones de mí, para descubrir que ninguna tenía relación con lo que había sido, ni podía responder con solvencia al estado en el cual me hallaba. Lo que fui en el ayer no había sido forjado para esos fúnebres aquí y ahora. ¿Acaso —me preguntaba

contrariado— alguno de nosotros se ha preparado para estar enfermo?

Las vivencias eran infecundas para ese yo asolado por la enfermedad. La indescriptible absurdidad de no saber quién había sido antes, ni quién era entonces, recorrió a velocidad de vértigo cada palmo de mi espíritu. ¿Quién era yo, privado de identidad? ¿Quién, con la enfermedad como nuevo rostro? ¿Cómo se vive estando enfermo? ¿Cuánto tardaría en llegar la muerte a mi lecho, para acabar con esa miseria de no saber quién era?

Lo externo a mí quedó intacto. Las calles eran las mismas; así las había conocido. Sin embargo, las percibía apesadumbrado. Recordaba haberlas recorrido con entusiasmo sabiendo que me llevarían a espacios distintos, a un destino que imaginaba próspero. Ahora estaban plagadas de aflicción. Lo que había cambiado, y de forma drástica, era mi interior. Sabía que lo de afuera se mantendría, como hasta entonces lo había hecho, pero lo de adentro era tan ruinoso que pigmentaba con su oscuridad todo alrededor.

Sentía que había malbaratado mi vivir. ¿Acaso era mi destino relegar al olvido lo que había sido? Con resignación, debí empezar nuevamente desde el inicio. Era eso, o inmolar mi espíritu para huir de esa ignominia personal. La cobardía de acabar de una vez por todas con lo que quedaba de mí se fue diluyendo, aunque aumentaba exponencialmente el empobrecimiento corporal y espiritual.

No tener una identidad contraría el ser y el estar en el mundo, con uno mismo y con los demás. Mi espíritu se exhortó entonces a iniciar un cambio, perentorio para no desfallecer, y determinó una vorágine de actividades que debía cumplir si ambicionaba una nueva identidad.

En primer lugar, deseché los fragmentos que estaban sobre la mesa. Aunque eso me hizo sangrar el corazón, fue legítimo –lo digo con indulgencia– reunir el coraje para dejar de lado aquello que no estaba aportando a mi cometido de hacerme otra vez y, al contrario, estaba alimentando una identidad incierta. En segundo lugar, desistí con amargura de traer al presente mi pasado, desprendiéndome de las experiencias previas. Sabiendo que es imposible hacer *tabula rasa* dentro de uno mismo, tenía la imperiosa necesidad de cimentar mi yo, mi espíritu, mi intersubjetividad; en últimas, esa persona cuyo nombre ha sido Jorge Enrique Celis Giraldo. Con ese rótulo tendría que zanjear lo que estaba por venir. En tercer lugar, apilé hojas de papel y extraje mi vieja pluma de esa caja metálica que alguna vez estuvo adornada en negro y bronce. No me fijé un comienzo, y mucho menos un desenlace. La escritura por sí misma hace andaderas las trochas.

Con los ojos puestos en las hojas en blanco, durante semanas enteras no estampé una palabra. Fue un sábado de febrero, un día de número impar. Las manecillas del viejo reloj marcaban las seis de una mañana plomiza, pesadamente lluviosa. Con el olor del primer café flotando en el espacio en que yacía mi escritorio, pintado de un ocre extravagante, mis dedos se desentumecieron. Lo más adecuado, pensé, era procurar un hálito a mi espíritu a través de las palabras, savia de la que mi identidad anhelada habría de nacer otra vez. La contemplación culminó, y los sonidos producidos por la pluma en su movimiento sobre el papel se hicieron trepidantes. La interpretación que hacía mi espíritu de las experiencias se había convertido en un ofuscado delirio al que le era ineludible expresarse. A

medida que se afianzaba la camaradería entre mi espíritu y la escritura, el resurgimiento de mi identidad se hacía real.

Escribir desmitificó mi enfermedad, la desacralizó. Me mostró que no había razones para mantenerla encumbrada en un estandarte irracional y develó la manera como había venido suplantando mi identidad.

Estas páginas no fueron planeadas dentro de un género literario, ni con apego a un método. Me mantuve pasivamente al margen de esos asuntos porque la enfermedad me había tomado una ventaja formidable y la premura espiritual no me daba espera. Además –lo advierto desde ya– no soy escritor. No me entrené para serlo, ni dispongo del sustrato profesional que me habilite a dominar con experticia el oficio. Soy, más bien, un aficionado que recurre a la escritura para poner a salvo su espíritu y restablecer su noción de sí.

Se trata de una narración espontánea que se enfoca en contar lo que la convivencia con la enfermedad implicó para mi espíritu. Usé la escritura como catalejo para escudriñar mi vida. Lo que he visto es demoledor; lo que he sentido, intransmisible. Encontrarse ante el colofón de la existencia, como me encontré, es terrible. La imposibilidad de estar con mi esposa y mis hijos fue tomando la forma de una premisa incontrovertible. El hondo deseo de compartir con ellos era una lánguida fuerza que no lograba contrarrestar la amenaza de esa premisa.

De manera atropellada, surgieron diversos estilos de escritura y se impusieron las descripciones pormenorizadas de ciertas experiencias y hechos. Su estética se percibe viscosa. Reconozco que algunos fenómenos los narré repetidamente, pero me urgía abordarlos desde ángulos

disímiles para intentar reconstruirlos. Fue liberador regresar sobre ellos. Asumí que las iteraciones explicarían aquello que se me presentaba como incomprendible. Quise ser muy cercano a mis emociones, en el convencimiento de que reconocerlas y expresarlas permite encauzarlas. Intenté, mediante metáforas y alegorías, recrear el paisaje destruido de mi espíritu: nada más apropiado que observar las cosas que no están dentro de nosotros para describir las que sí lo están.

¿Y qué obtuvo mi espíritu de este proceso escritural? ¡Nada menos que sobreponerse a la enfermedad, a sus nocivos efectos sobre mi identidad! Una personalidad moldeada sobre la enfermedad es algo perturbador.

Escribí y escribí día tras día, hasta sentir que mi espíritu había desanudado muchos de los nudos que no lo dejaban erigirse con firmeza ante sí mismo y ante los otros. Llegado el momento de tomar las riendas de su propio relato, mi espíritu se eximió de un yo postrado por la enfermedad, que lo había subyugado con los grilletes del miedo y la angustia. Y se encontró con este nuevo yo, dispuesto a alcanzar sus sueños y hacer realidad sus proyectos individuales, familiares y colectivos.

Estas páginas son un detallado recuento de los hechos que constituyen mi experiencia con la enfermedad a partir de los primeros días de agosto de 2020, cuando se desató con furia la más dura ordealía de cuantas han sido impuestas a mi espíritu. Aquí relato las múltiples y prolongadas hospitalizaciones en unidades de cuidados intensivos, pasando por las varias cirugías que debieron practicarme para salvar mi vida, hasta la recuperación que he experimentado junto a mi esposa y mis hijos.

Los hospitales eran foráneos en mi biografía. Nunca había permanecido en ellos mucho tiempo, pero con el paso de los meses fueron convirtiéndose en mi segundo hogar. Hasta entonces, la muerte jamás me había acechado de forma tan despiadada, arrinconándome y dejándome a merced del terror. Tampoco había tenido que hacer terapias dirigidas a recuperar mis funciones corporales, y mucho menos a entender mis emociones y, en últimas, aceptar lo que era estando enfermo.

La extrañeza turbó mi subjetividad. Como no lograba comprender la enfermedad, la inseguridad se afincó en mi espíritu. Fui desterrado de la salud a la enfermedad, y ella encerró en una feroz prisión las convicciones que otorgaban firmeza a mi identidad.

En un plano lógico, la salud es la antítesis de la enfermedad, son irreconciliables. Una colma el espíritu de plenitud; la otra, de amargura. Aún me aterra recordar la facilidad del proceso: en un instante pasamos de sanos a enfermos, y somos arrastrados por el abatimiento.

Conocía la enfermedad a través de las experiencias ajenas, pero mi espíritu no sabía a ciencia cierta qué era, de qué estaba hecha, cómo se comportaba. Antes objeto externo, ajeno, la enfermedad pasó a convertirse en un elemento de mi subjetividad: ya no era de los demás, sino mía. Aunque en ocasiones había intentado figurarme qué significa estar enfermo, esa pretensión –lo afirmo hoy con conocimiento de causa– no produjo más que una pálida imagen de las implicaciones reales de padecer una dolencia grave.

El paso de la abstracción nominal de *la* enfermedad a la concreción real de *mi* enfermedad fue estrepitoso.

Mi espíritu cayó en una especie de arenas movedizas que me impedían avanzar en el camino trazado. ¡Todo, absolutamente todo se fue al traste! La enfermedad sofoca las aspiraciones personales con dañina premeditación. No hay escape: nos vemos forzados a estar dentro de ella, a experimentarla, en contra de nosotros mismos, a través de los sentidos físicos y espirituales. Mientras estamos en sus fauces, tenemos que respirar su aire y adaptarnos a su nefasto ecosistema.

Si era una tortura estar exiliado por la enfermedad, lo era aún más saber de lo que me estaba perdiendo. Podía ver cómo había transcurrido y cómo transcurriría mi vida en la salud a través del cristal grueso que la separaba de la enfermedad. Yo y el cúmulo de mis experiencias habíamos sido proscritos a esa tierra oscura. Pasados unos días, me di cuenta de que mis experiencias previas agravaban el cataclismo suscitado por la enfermedad: tal vez la prueba hubiese sido más tolerable si no hubiese nada almacenado en mi espíritu, si este hubiese sido como una hoja en blanco. La aceptación emocional y cognitiva de la enfermedad hubiese sido entonces tan simple como cuando fui arrojado a la salud, también de manera involuntaria. Es terrible caer en un lugar desconocido con un bagaje de recuerdos e ilusiones que ya no pueden ser.

Una de las principales consecuencias de mi enfermedad fue una cierta disolución espiritual, que no solo me cobijó a mí, sino también a aquellos con quienes he construido fes insolubles. Los que rodean a un enfermo no son inmunes, y sufren como él la descolocación de la rutina. La enfermedad que me ha tocado vivir agobió los espíritus de las personas cercanas (especialmente los de mi familia);

de repente, *todos estábamos enfermos*. Como si la enfermedad fuera más contagiosa, espiritualmente, que la sanidad. Me preguntó por qué ocurre esto.

Hoy, mi espíritu recapitula lo que ha sido conferir una cierta *normalidad* a mi vida. Esta normalidad de la salud no se parece en nada a la de la enfermedad. Estoy arropado por sobresaltos y la irregularidad es la constante.

En estas páginas reflexiono sobre las emociones que han ido surgiendo en mí, sobre la manera como me he estado sintiendo, sobre las posturas que he ido asumiendo ante mi existencia. La enfermedad ha producido muchas alteraciones en mi espíritu, pero la realidad sigue siendo la misma. Soy yo quien ha cambiado: no soy el mismo desde la primera hospitalización, y seguramente tendré una identidad renovada cuando me recupere del todo.

En un momento consideré la enfermedad un castigo; ahora la percibo de forma más benévola. Esta ordalía hizo mi existencia más interesante y mi espíritu más fuerte. Pasada la tempestad, se abrió el camino a una vida renovada.

Hacer frente con un espíritu transformado a lo que viene es una prerrogativa privilegiada para habitar esta época pandémica, que posiblemente seguirá por algunos años. Y esta ganancia trascenderá a mi vejez. La enfermedad –lo afirmo hoy con convicción– tiene un gran poder transformador que rinde sus frutos después de haber causado un proceso de marchitamiento. En mi caso, la contradicción entre salud y enfermedad se tradujo en una nueva identidad.

Es una gratificante ironía la de poder referirme a las ganancias que derivé de haber estado tan enfermo. Haber

recobrado la salud me lleva a apreciarla mucho más de lo que la apreciaba antes de que mi vida fuera arrastrada en esta difícil travesía a que me llevó el COVID-19.

Una de mis mayores dichas ha sido reconocer lo maravilloso de la vida a medida que recuerdo y narro lo que experimentó mi espíritu a lo largo de esos duros meses. De momentos de penumbra que hacían apocalípticos los amaneceres, he llegado a momentos de luz en los que muchos caminos se abren. Es un reverdecer impensable en el desierto donde creí que se habían resecado todas mis ambiciones. Me digo que no cabe entonces lamentarse por la oscuridad, precursora indiscutible de la luz.

Reconocer este cambio es reconocer que la vida no transcurre en rígida linealidad. Forzar mi subjetividad a la severidad de lo que debe ser es someter mi espíritu a un suplicio inútil: mi mirada cae de manera impetuosa en la agria añoranza, que me conduce a renunciar, sin proponérmelo, al mañana. El todavía se sume en el agobio y es testigo directo de la muerte del futuro a manos del pasado, que ya no existe. La vida es una colección de hechos que aparecen y desaparecen. Y sin embargo podemos interpretarlos una y otra vez, apelando a marcos de sentido renovados.

* * *

Cuando la enfermedad se nos impone, hay pocas cosas más reconfortantes que encontrar a quienes han atravesado experiencias similares y están dispuestos a compartirlas. El sentimiento de soledad se extingue con rapidez. Es sorprendente descubrir que los sentimientos que ha producido en nosotros determinado episodio coinciden con

los de otras personas en situaciones similares; tal vez por eso somos especie. El fuerte vínculo de allí surgido es un gran alivio a la aflicción, pues incorporar otra perspectiva ayuda a sanar. Nuestra experiencia, por dolorosa que sea, se enriquece con la de los demás y a su vez la enriquece.

Pretendo que *Mi espíritu en palabras* aporte a las conversaciones sobre los efectos que esta pandemia ha tenido y seguirá teniendo sobre nuestros espíritus. Ella amerita ser escrita y leída desde ópticas y posturas heterogéneas, todas válidas —así sea de manera provisional, porque lo que hay no se parece mucho a lo que había—.

Por otro lado, es probable que con el paso de los días lo que hemos experimentado en esta pandemia se borre de la memoria colectiva. Por consiguiente, es valioso registrar las vivencias de estos meses extraños en escritos que alimenten nuestros espíritus, siempre ávidos de narraciones e interpretaciones.

Mi espíritu en palabras está compuesto por tres textos. En el primero, «Enfermedad», considero dos dimensiones: lo físico y lo emocional. Ni la enfermedad ni la salud son solo relativas al cuerpo: lo que da en llamarse «estabilidad emocional» es imperioso para el bienestar del individuo. Es una verdad de Perogrullo, pero alcanzar el equilibrio entre mente y cuerpo no deja de representar un desafío. En el segundo texto, «Angustia», relato lo que ha representado para mí la angustia de la enfermedad. Intento corporeizarla apelando a las palabras para conocerla, abordarla y llegar con ella a acuerdos consensuados que me procuren alguna calma. El tercer texto, «Vida», es un himno a la vida, un reconocimiento de su valor, que la enfermedad casi me hace olvidar. Cada uno de estos textos lleva una apostilla en la cual especifico su fecha, rememoro el proceso de creación

y establezco conexiones con mi biografía. Mi propósito fue describir las circunstancias que rodearon la escritura de estas páginas.

36/
37

* * *

Iniciado en febrero de 2021, tras mi tercera hospitalización, *Mi espíritu en palabras* se ha convertido en mi proyecto personal más substancial y entrañable. Lo he asumido como hito definitivo que traza un antes y un después, así como me sucedió cuando me convertí en esposo, y luego en padre. Estos hitos tienen en común la vida: la vida con mi esposa, la vida de y con nuestros hijos, el regreso a la vida.

En junio de 2021, después de cinco hospitalizaciones, me llené de valor para compartir con algunas personas cercanas mi experiencia a través de las palabras. Debí hacer grandes esfuerzos para mantenerme escribiendo. En ocasiones me abstuve de abordar ciertos recuerdos nacidos de la aflicción, pero la escritura es noble y me ayudó a encararlos. Sin embargo, esta narración no se circunscribe —no puede hacerlo— a los dolores de la enfermedad. Sería bastante injusto con mi espíritu, que bastante ha luchado para volver a florecer. Y si tomé la decisión de compartir mi experiencia con la enfermedad, fue para que la postración no continuara dominándolo.

Bogotá, agosto de 2021



PARTE 1. ENFERMEDAD



De nuevo, mi salud viene deteriorándose. El menoscabo no conoce pausa y me arrastra, sin asomo de compasión, a un abismo laberíntico. Y en ese caos de corredores y muros teñidos de orfandad, asisto con paso cansino a mi extinción.

Mi espíritu atestigua este quebranto que lo ha estado apocando. No tengo cómo ornar ni mucho menos edulcorar el sentimiento terrible que me estruja.

>

Después de tantos días de haber sido confinado contra mi voluntad fuera de mi hogar, acepto con desdicha que para sobreponerme a la siniestra condición que me aqueja debo ser hospitalizado. Es la única opción de la que dispongo. En los lugares que han sido destinados a nosotros los enfermos, el tiempo se ralentiza y solo queda la incertidumbre de lo que *pueda* pasar. De un plumazo, la confusión y el miedo nublan la conciencia, y el pensamiento se esfuma. Mis cavilaciones sobre las causas que me llevaron al hospital y las preguntas sobre cuándo y en qué estado seré dado de alta son arrojadas a un hondo vacío. A cada instante, mi mente naufraga y mi espíritu queda a la deriva en la nada de una nostalgia vana.

Tratando de aprisionar los recuerdos de mi vida anterior (la del hombre sano), miro el reloj y traigo a mi mente lo que me encontraba haciendo en un día «normal» a esa misma hora. La treta me golpea al recordarme que no cuento con las capacidades mínimas para emprender alguna de las actividades que solía hacer antes. Esta transposición inflige aún más dolor a mi ya maltrecho espíritu.

Las hospitalizaciones me han mostrado que dependo de la voluntad de los médicos a los que estoy unido por las circunstancias, quienes me exigen una fe ciega en ellos. Para seguir habitando el mundo, es imperativo que mi espíritu se enajene a sus decisiones. En efecto, he concluido que ese supuesto según el cual la libertad de una persona termina donde empieza la de la otra es una falacia: en un hospital no hay más libertad que la de someterse a lo que un médico considere adecuado. *En sus manos encomiendo mi espíritu*, lo que soy, con la esperanza de recuperar la salud.

Ante la característica inestabilidad de la enfermedad, la espera de un desenlace providencial es sinuosa. Cualquier

señal que nos haga dudar de la recuperación desemboca en un océano de melancolía y finales fatídicos.

Desde finales de 2020, me he visto obligado a regular constantemente mis expectativas, a ponerlas en un plano conservador –pesimista, más bien– y evadir casi con invectivas una victoria final sobre esta enfermedad, que era un misterio indescifrable cuando llegó a mí. No puedo recordar todas las aparatosas caídas de mi espíritu durante los últimos meses; son tantas que he perdido la cuenta. Tal vez mi espíritu escondió esas memorias para protegerse y proporcionarme la convicción de que estoy hecho para sobreponerme a la enfermedad. He de reconocer que no poner en práctica esa convicción horada mi espíritu.

En contraste con la primera hospitalización, en agosto de 2020, ahora tengo un conocimiento acumulado sobre lo que mi cuerpo está soportando, y puedo emplearlo para intentar una explicación. Combino mis emociones y pensamientos para construir un relato que me permita interpretar el deterioro constante de mi cuerpo. Aunque siento la afanosa necesidad de entregar explicaciones a la razón, hacerlo me escuece. Procuro, sin lograrlo, que las palabras que dan forma a mis emociones no estén teñidas de sinsabores y tonos amargos.

Durante uno de los tantos exámenes que me practicaron durante la hospitalización de diciembre de 2020, una doctora, clavando su mirada en mis ojos vidriosos y enrojecidos, dictó sentencia: «Su tráquea se cerrará nuevamente». ¡Qué crueldad! –así lo percibí–: no tuvo el cuidado de detenerse a pensar en mi ánimo, que naufragaba en la tribulación. Fue desgarrador escuchar esa noticia. A empujones, se asomaba la perspectiva circular de esta enfermedad, señalándome que todo lo que me había

estado sucediendo desembocaría en la postración de mi cuerpo en una cama de hospital, una y otra vez.

44/
45

¿Qué me queda? ¿Qué puedo hacer? Narrar, con toda la inexactitud del lego, lo que he podido comprender. Sé que este propósito generará una colisión ensordecedora entre mis emociones. Por momentos me tienta la idea de apartarme, pero anticipo que abrir caminos de palabras vivificará mi espíritu, urgido de expresarse. Entiendo que la premisa de que toda amargura que ingresa al espíritu tiene que ser expulsada puede ser una quimera terapéutica, mas resulta hartamente convincente para mí. Estoy dispuesto a infligirme más dolor llamando los recuerdos de esos meses terribles.

En agosto de 2020, primer pico de la pandemia, para salvar mi vida los médicos decidieron introducir por mi boca un tubo que llevara oxígeno a mis pulmones. Era la única opción, pese a las posibles complicaciones posteriores. Mi conciencia se apagó antes de que se hiciera realidad esa decisión; no tengo, por tanto, registro de lo que pasó en adelante. Conservo una fotografía y una grabación de mi voz ahogada, piezas inertes que nunca sirvieron para desatar la recordación. Por boca de mi esposa me enteré de lo ocurrido.

Pasados diez días de estar intubado, mis pulmones reaccionaron y comenzaron a trabajar por su cuenta otra vez. Los médicos me manifestaron que fue un tiempo corto, si bien yo lo consideré una prolongada tortura. Muchos pacientes debieron permanecer así más de un mes, y otros tantos murieron, a pesar de los esfuerzos. «Debe considerarse afortunado», me decían los intensivistas, que habían presenciado el fallecimiento de personas de todos los rangos de edad y sin antecedentes médicos, pero yo a

veces le expresaba a mi espíritu quedamente el deseo de haber muerto en alguno de esos diez días. Él replicaba que el destino había sido magnánimo conmigo, pues no me había quedado ninguna de las secuelas más o menos comunes de la intubación, como diabetes, insuficiencia renal, daño pulmonar o –la más temible para mí– amnesia. Nunca he sabido si la relación causal entre el COVID-19 y ciertas enfermedades neurológicas es cierta, como lo afirmaban con plena convicción los intensivistas que me estaban tratando. Sintiéndome afortunado por no tener secuelas, supuse que mi espíritu no se ahogaría en el remordimiento por haberme contaminado con el virus, haber estado varios días en una unidad de cuidados intensivos y haber sobrevivido.

En septiembre, unas semanas después de que me dieran de alta, las radiografías de mis pulmones mostraron la inflamación propia de una neumonía severa, una especie de relieves con picos altos. Esas inflamaciones –me advirtieron– tardarían meses en mermar hasta desaparecer. El tubo, como todo objeto extraño, había hecho estragos en mi tráquea dejando los tejidos inflamados de manera crónica y severa y ocasionando una lesión irreparable. Los tejidos cicatriciales formaron una obstrucción que no dejaba circular el aire y coartaba mi capacidad vital para hacer cualquier cosa. Estaba siempre al borde de un infarto por falta de oxígeno.

Este deplorable estado de salud no era una secuela asociada al virus que por poco me arrebatara la vida, sino más bien un efecto directo del procedimiento médico puesto en práctica para permitirme respirar por mí mismo. Una consecuencia no buscada de una decisión cuya única intención fue salvar mi vida. Uno de los médicos me alentó

diciendo que lo peor del martirio ya había pasado y que los avances de la medicina eran suficientes para tratar las complicaciones de mi tráquea. A pesar de esta noticia consoladora, la realidad fulminante de que los hospitales estaban sobrepasados en su capacidad para atender a los enfermos anidó en mí la preocupación de morir repentinamente y sembró en mi espíritu la zozobra.

Con el paso del tiempo, aparecieron un silbido en mi pecho que acompañaba la respiración y una estrechez en mi garganta. Estos síntomas pasaron de esporádicos a permanentes. El silbido, primero casi imperceptible, luego podía ser escuchado por cualquiera que interactuara conmigo. De los médicos obtenía siempre una respuesta que me producía escalofríos: que eso era parte de la recuperación. Después, unas punzadas se alojaron en mi pecho; al inicio muy leves, su intensidad se incrementó al punto que me postraron en la cama. El desenlace, para hacer mi existencia más insufrible, fue una ronquedad carrasposa que se adueñó de mi voz: las palabras se me quedaban atascadas en la garganta. Las reuniones de trabajo eran una tortura. Atrapado en la frustración, concluí que no estaría nunca más habilitado para ejercer mi profesión de sociólogo, que en buena medida consiste en mantener diálogos.

A mi hogar llegó una máquina que me proveía oxígeno a través de una cánula. Ella, y la incapacidad de desplazarme trayectos cortos, muy cortos, fueron las rúbricas más apremiantes de la recaída. Me hundía en picada en mi desdicha, sin posibilidad de escape. No entendía qué me pasaba. La premisa según la cual los aterradores síntomas eran parte de la recuperación perdió validez. Claudiqué.

Por vía telefónica, un médico especialista me escuchó y dictaminó con la precisión de quien ha ejercido la profesión por muchos años que tenía un peligroso cerramiento en la tráquea. Había que intervenir quirúrgicamente de manera inmediata, dilatando la tráquea para que las vías respiratorias pudieran funcionar. Había que eliminar los desechos producto de la cicatrización que obstruían el paso de oxígeno. A veces las heridas cicatrizan sin perjuicio de nuestro cuerpo, pero a veces las cicatrices se convierten en objetos peligrosos. De acuerdo con los médicos, este tipo de obstrucción no aparece en todos los pacientes que han sido intubados, y en algunos aparece mucho tiempo después. En mi caso, fue muy pronto: sentía como si nunca hubiera respirado sin restricciones.

De nuevo en el hospital –segunda vez, diciembre de 2020–, me sometí a un examen para determinar el nivel de cerramiento de la tráquea. El resultado fue desolador: estaba obstruida casi por completo. Debí permanecer en total quietud, siempre asistido, por si algo le ocurría al corazón: más de noventa horas consecutivas sentado, para evitar cualquier constricción. Conciliar el sueño era impracticable. Dormía de manera esporádica y el debilitamiento de mi ánimo superaba con creces la fortaleza que me pedía mi espíritu.

Me aferré con mucha convicción a la fe que me dio haber retornado a la vida tras la primera hospitalización. En aquella ocasión tuve que ser reanimado dos veces. Recuerdo encontrarme en un caos taciturno, con el espíritu suspendido, mientras me invadía la tristeza por no haber podido despedirme con un caluroso beso de mi esposa y de mis hijos antes de que la muerte nos separara para siempre.

Aunque estaba consciente, mis labios no podían despegarse para expresarles mi amor.

48/
49

Era imprescindible mantener la serenidad antes de la intervención, repetía al unísono el personal de salud. La conexión entre cuerpo y espíritu para procurar armonía en medio de la tragedia es primordial. En ese momento descubrí que mientras la felicidad es momentánea, la tristeza es permanente, y hacerla a un lado requiere un arduo trabajo. La tranquilidad que necesitaba me era inaccesible por momentos. Sin embargo, pude llegar al día de la intervención con una calma refulgente. Asumí los días previos como un retiro espiritual cuyo cometido era acercarme a Jesucristo tanto como me fuera posible. Recurrí a su infinita compasión para que las dudas y los miedos no hicieran mella en mi espíritu.

Dos episodios de la vida de Jesucristo tienen especial resonancia en mí: cuando lloró lágrimas de sangre antes de tener que ir al calvario y cuando le preguntó al Padre, con humilde consternación, por qué lo había abandonado. Su miedo a morir y sus dudas sobre el plan divino me hacen reconocermé en el Dios hecho hombre. El miedo a morir es un sentimiento muy potente y la petición al Padre de que nos aparte ese cáliz, un rasgo muy humano.

Divisé lo que habría de llegar. Vi a mis hijos en la universidad. Vi cómo mi esposa y yo nos hacíamos viejos. Abrazados en un banco de madera, el ocaso posándose ante nosotros y reflejándose en sus inmensos ojos negros, ella me transmitía en silencio la fuerza espiritual que solo su presencia me proporciona.

Acostado sobre una mesa de aluminio, fui anestesiado, pero no perdí la conciencia. Escuchaba voces que me daban órdenes. Primero quemaron las cicatrices

para remover la obstrucción. En la pantalla se visualizaban unas partes de mi tráquea en rojo intenso y otras –los tejidos que bloqueaban el paso del aire– en negro. Uno de los médicos pidió que se removiera un cable en forma de sonda para recoger los residuos que habían quedado después de la cauterización. Otro removía el cable a través de mi boca para limpiarlo. El recorrido me producía un dolor arrollador. Tras varias horas, la intervención llegó a su fin. Cuando abrí los ojos y pude respirar, lloré inconsolable por varios minutos. Mi cuerpo había retomado la función básica de respirar por sí mismo: el aire corría a galope a través de la tráquea. Algo impensable horas antes. La ilusión de retomar mi vida agitó de optimismo mi espíritu.

Regresé a la unidad de cuidados intensivos. Aunque redujeron la cantidad de oxígeno que me estaban administrando, seguía conectado a varios cables. Después de que mi reloj marcara el fin del día y diera paso a uno nuevo, los médicos se acercaron a verificar mi condición y tomaron la decisión de retirarme la cánula. Tuve un ataque de pánico: me había acostumbrado a la máquina para respirar, era como si mis pulmones clamaran con desesperación para continuar con ella. El miedo a una nueva catástrofe me atenazaba. No me estaba resultando fácil domeñar el espíritu a medida que el cuerpo se iba encauzando en su fluir cotidiano. Contemplé con añoranza los registros multicolores del monitor y me concentré en sus sonidos rechinantes. La pantalla indicaba que otra vez mi saturación estaba por debajo del mínimo. Entendí que mi agitación y mis inseguridades afectaban el ritmo de mi respiración y acrecentaban mi necesidad de estar conectado a la máquina. En ese instante entró, presurosa, una terapeuta. Cuando le dije que no podía

respirar bien, me pidió que dejara de mirar el monitor y me enfocara en su rostro. Mi espíritu se conectó al ritmo de los movimientos de sus ojos y a la melodía de sus palabras, y eso me dio calma en un momento en que la máquina me estaba controlando. La terapeuta me enseñó una serie de estrategias y rutinas para recuperar la función respiratoria. Cuando se fue, procuré conciliar el sueño. Disfruté viéndome por encima de la enfermedad, pero fue por poco tiempo. Dudaba que fuera capaz de respirar sin la cánula, y pedí que me conectaran a la máquina de oxígeno nuevamente. Sentía miedo al contemplar la posibilidad, muy objetiva, de que mi tráquea se cerrara otra vez en cualquier momento. Me instalé en un estado de incertidumbre, desconfiando de mi cuerpo y hasta de mi espíritu.

Al llegar a casa luego de esta segunda hospitalización, fui muy precavido. No quería excederme ni poner a prueba mi cuerpo, y mucho menos mi tráquea. Ahí estaba el problema, no en los pulmones. Comprendí el significado de un *sistema* (la relación interdependiente que existe entre sus partes) y, en especial, del sistema respiratorio. Si la tráquea no funciona bien, se afectan los pulmones; si ellos no funcionan bien, se afecta el corazón. Una cadena de hechos puede conducir al colapso irremediable y la desaparición fulminante.

Hube de dar pequeños pasos, en más de un sentido. Debí aprender a caminar nuevamente. Me costaba mantener el equilibrio en la pierna derecha, que desde la primera hospitalización me dolía constantemente y renqueaba. El muslo, endeble, parecía colonizado por millones de alfileres puntiagudos. Si me inclinaba sobre ese costado, sentía que iba a caer. Empecé dando pasos

cortos, y el dolor en las piernas era como si estuvieran apagando sobre ellas carbones ardiendo. Al igual que en la primera hospitalización, en esta había perdido masa muscular. La exigencia era doble: tenía que caminar y tenía que ganar masa; esto último no solo suponía alimentarme bien, sino mantenerme en movimiento. Cuando esto se me antojaba irrealizable, me esforzaba en recordar aquellos días en que no podía desplazarme breves trayectos porque no ingresaba oxígeno a mi cuerpo de manera natural. La idea de no poder caminar daba a mi cuerpo suficientes razones para hacerlo: lo que se ha padecido pone en sus justas proporciones lo que se está viviendo. El día que pude subir a una máquina de ejercicio y desplazarme más de un kilómetro fue muy gratificante. Esa pequeña gran victoria despejó la bruma que ocultaba mi horizonte. Y así, los logros diarios me permitían vislumbrar la recuperación.

En enero, al poco tiempo de haber vuelto a casa, debía practicarme un examen para determinar la evolución de los tejidos de mi tráquea. Al acercarse el día, el miedo se apoderó de mí, quitándome el sueño. Tenía el presentimiento de que algo no marchaba de manera adecuada. Mientras diligenciaba el consentimiento informado, el neumólogo que me haría el examen percibió un cerramiento cuando yo contestaba sus preguntas. Quedé sembrado en la silla, con los brazos desgonzados: el cuerpo me pesaba tanto que no me podía mover. Mis temores tomaron una forma tan real como tenebrosa. Estaba tan asustado que las sencillas instrucciones que me daban me resultaban confusas. Tardé varios minutos en ponerme la indumentaria indicada para ingresar al quirófano. Fue ardua la búsqueda de las venas para introducir la anestesia. Estaban escondidas. Cuando aparecieron, el dolor fue muy

intenso al transitar el medicamento. Me ardía terriblemente el brazo derecho, y mientras apretaba los ojos llegó la inconsciencia.

52/
53

Desperté en una habitación; a mi lado había una enfermera, a quien pregunté si el médico había dado a conocer los resultados. Ella me contestó con prudencia que estaba allí para asistirme y que debíamos esperar a que llegara mi esposa. Estaba aún tan adormilado que la ansiedad de conocer lo que había sucedido se difuminó. Luego llegó Carolina y me ayudó a vestirme. Cuando le pregunté sobre el examen, me dijo que ya hablaríamos.

Cuando íbamos saliendo, el neumólogo se acercó a ella y le comunicó estruendosamente y sin anestesia el aterrador diagnóstico: el cerramiento de la tráquea era cercano a la mitad. Fue una fortuna estar en una silla de ruedas, porque sentí que las piernas no me mantendrían en pie. Mis lágrimas nublaron los lentes que llevaba sobre la nariz. Mi tráquea palpitaba y mis pulmones flaqueaban.

Desde aquel día no me sentí bien. El temor me rondaba continuamente, como si estuviera en el filo de un precipicio. La sentencia que la doctora pronunciara en diciembre era ahora aplastante. Pensaba en esa obstrucción y me devolvía al pasado. Sabía que la angustia de mi familia en los días previos a la segunda hospitalización tendría efectos en sus vidas; sabía que había sido terrible para mis hijos verme tan disminuido y tan cerca de la muerte.

Tuve que practicar me varios exámenes: el médico necesitaba información para tomar decisiones. Someterme a ellos era terrible. No poder hacer las pruebas a los ritmos normales me ratificaba que mi salud no estaba bien y me sacudía interiormente. Estaba custodiado por el aborrecimiento de la espera. Entre tanto, el declive no

se detenía. Las palabras eran corifeos que, en eterno careo con él, retozaban en la tragedia de un espíritu falto de contenido. ¿Qué me quedaba? Mi vida había sido arrojada a un paisaje devastado.

Era un lunes cuando acudimos a una cita con el especialista. Mi esposa avizoraba una tercera hospitalización. Ella notaba mi deterioro, mientras yo me negaba a aceptarlo. Estaba decidido a no salir de casa; me resistía a volver al hospital. Preparé el dossier con la historia médica, organizándolo de manera cronológica. Había estado con asistencia de oxígeno los tres días anteriores. Al desplazarme hacia el parqueadero, la falta de aire me fue atenazando. Pensé que no llegaría hasta el carro. Mi soporte era el hombro de mi hijo mayor, quien con paciencia se detenía para que yo tomara aire con mucha dificultad y así proseguir. Pese a la corta distancia, el desplazamiento fue inauditamente extenso. ¿Qué hubiese sido de mí sin el amor que mis hijos me proporcionaron durante esos meses? Carolina me condujo hasta la consulta en una silla de ruedas y le advirtió al doctor de mi estado, que era endeble a todas luces. Él nos ordenó dirigirnos a urgencias: debían hospitalizarme cuanto antes. Mi condición no estaba para esperar más revisiones y exámenes. En la sala de urgencias, Carolina estuvo a mi lado mientras me derrumbaba en lágrimas y logró mi traslado a otro hospital en ambulancia. Me obligué a mantener la calma para no perder el poco oxígeno que ingresaba a mi cuerpo. La angustia me clavó sus garras y el dolor que hacía un tiempo sentía en las yemas de los dedos se exacerbó: el estrechamiento de la tráquea era severo. Al arribar al hospital, la ropa desapareció; solo escuchaba voces presurosas que coordinaban mi traslado al quirófano. No encontraban mis

venas. Casi un mes después de la primera intervención, estaba otra vez aterido en una estrecha mesa de aluminio, con los brazos descolgados. El médico hizo unas preguntas que traté de responder y me dijo que no me esforzara en hablar. Mi voz era un sonido huero cuyas súplicas solo escuchaba mi espíritu. La anestesia fue quemando a su paso las venas de mi brazo derecho. Los ojos muy apretados eran la manifestación fehaciente de ese dolor. El médico me pedía calma: estaba muy agitado, el corazón me retumbaba en los oídos. La privación de aire era patente. Esta vez no tuve un periodo, ni siquiera un momento, para prepararme antes de la intervención. Estaba arrojado allí, con una delgada bata y con el espíritu anegado en sollozos.

Desperté pidiendo que me sujetaran las manos si era necesario. Entre la conciencia y la inconciencia, mi entendimiento consideraba abstruso lo que estaba sucediendo, pero sabía que mis manos podían hacer algo en mi contra. Las sujetaron en unas barandas que se levantaban ante mí como muros. El dolor era indescriptible, sentía que alguien me estaba perforando la garganta. Respiraba, pero las palabras quedaban prisioneras en un tremedal. Cuando recuperé la conciencia, me explicaron lo que había pasado. Dejé de respirar y por poco me abren el cuello, pero pasados unos segundos mis pulmones funcionaron otra vez. Para hacer la dilatación introdujeron un tubo. Esa era la causa del dolor inenarrable.

Mis venas no prestaban colaboración alguna. Las enfermeras se esforzaban buscando las apropiadas para poder conectarme a las bolsas de líquido que calmaban mi dolor. Porfíe conmigo pretendiendo acallarme, pero la retórica del fin de mis días hizo mella en mi espíritu. Recordé que hace muchos años, la banalización de la

muerte era una de las posturas vacuas que asumía sobre la emancipación humana. En la juventud, la muerte era un fútil devaneo, una soflama. En la adultez se me presenta procelosa, amenazando mi ya débil identidad.

* * *

Comencé a escribir estas líneas el 7 de febrero de 2021 y salí del hospital por tercera vez el 19. Hoy, 21 de febrero, estoy en casa con mi familia a la espera de nuevos exámenes y diagnósticos para establecer el mejor procedimiento. ¡Extraño mi salud! ¡Quiero mi vida de vuelta! Estoy en el terreno de los médicos. El futuro dependerá en gran medida de la manera como la tráquea se comporte después de la última cirugía, que me fue practicada el 16 de febrero. Mis dudas se han intensificado después de esta segunda intervención, el optimismo posterior a la primera ha desaparecido y mi espíritu se muestra dubitativo. No me siento bien. Respirar con fluidez me es dificultoso, y las señales de que vendrá una nueva obstrucción dentro de poco llenan mis días de padecimiento.

El 20 de enero, un mes después de haber sido dado de alta de la segunda hospitalización, una broncoscopia me había notificado que mi tráquea se estaba cerrando nuevamente. Estaba sumido en un miedo insólito. Con el paso de las horas, la afonía se iba agudizando, hasta que pronunciar una palabra me resultó irrealizable. Mala señal. Habíamos devuelto la máquina de oxígeno en diciembre creyendo que era prescindible y debía quedar confinada a los recuerdos del pasado. Craso error. Tuvíamos que regresar por ella y escuchar otra vez sus ensordecedores sonidos. Estaba repitiéndose, con un sadismo macabro, el martirio que había comenzado en septiembre de 2020.

El 11 de febrero me practicaron un tac de cuello y laringe. Ese mismo día en la tarde recibí los resultados, que me sumieron en una desmoralización hermética: el cerramiento alcanzaba tres cuartas partes de la tráquea. El sol se fue para otro lugar. Llamé al médico especialista que había ordenado el tac. Cuando le manifesté los hallazgos del examen, se mostró muy sorprendido con la velocidad a la que se estaba deteriorando mi estado. Acordamos una cita para el 15 de febrero. Era lunes. Para entonces, mi debilitamiento era innegable y debí ingresar inmediatamente a urgencias. Mi texto quedó en suspenso, a medio hacer. Era una suma de párrafos discordantes y recuerdos amorfos alojados en mi memoria. Muchas palabras aún no habían encontrado su lugar. Aún hacía falta el trabajo cuidadoso de pulir aquí y allá. Tuve que partir otra vez sin terminar de describir y analizar mis emociones y pensamientos, mi necesidad apremiante de comprender qué me estaba pasando. Por momentos caía en la desesperación. Había hecho todo lo que me habían indicado los médicos, sin ningún efecto positivo. Al contrario, estaba otra vez en el mismo punto que antes de la hospitalización de diciembre. Casi sin voz, me lamenté por lo detestable de mi vida. No la quería más en esas circunstancias. Sintíéndome mucho más abatido que antes, estaba seguro de que no regresaría a casa para terminar este escrito. Estar enfermo era mi nueva identidad.

Dejé de respirar después de que me administraron la anestesia, y estuve cuatro días en la unidad de cuidados intensivos. Como mi cuerpo estaba desacondicionado, debí retomar las terapias físicas y respiratorias para poder incorporarme. El dolor en la garganta era insoportable. Las máquinas emitían los mismos ruidos torturantes que había conocido en la primera hospitalización.

Regresé a casa un viernes, cerca del mediodía. Me sentía agotado, dominado por una lasitud desconocida. Me dolían hasta los dedos. Cuando intenté empuñar la pluma, el sufrimiento hizo la escritura impropcedente. Sentí que mi espíritu y las letras se alejaban entre sí: mis manos no podrían hacer su labor. Al día siguiente tomé otra vez la pluma, con desaforado arroj. Fue una estratagema para intentar burlar el dolor. Las palabras tronaban en mi espíritu porque mi memoria catapultaba los recuerdos, uno tras otro. Las reflexiones se fueron asomando, no como una racionalización consciente sobre la experiencia vivida, sino como emociones luchando por emerger a la superficie del espíritu. Estaban atrapadas, tras revolotear por meses sin un destino específico. Mientras escribía, sentía llegar el sosiego.

Haber dedicado ese sábado 21 de febrero a la escritura, pese a las intensas molestias, fue una excelente decisión. Durante los últimos seis meses, había leído para evitar estar a solas con mi espíritu. Los sollozos se interpusieron, pero encontré el coraje para no dejar mi tarea, así las lágrimas diluyeran la escritura. Trabajé varias horas de corrido, sin descanso. Intuí que debía aprovechar ese ímpetu. «No habrá una nueva oportunidad», me dije. Afané el paso. No me detuve.

Compartí el escrito con personas a quienes consideré cercanas y en quienes percibí empatía. Mi espíritu sentía la imperiosa necesidad de ser escuchado, y esas líneas eran el vehículo para entablar una conversación pausada y sin interrupciones. Busqué en los otros, así no lo haya manifestado de manera expresa, una comprensión asociada a la identificación de mis emociones. Era impensable pretender seguir oculto en las entrañas de mi espíritu; debía exteriorizar mis sentimientos, mi tedio, mi desconcierto. Uno de los lectores me dijo que me

admiraba por haber tenido la valentía de escribir sobre mis vivencias, y específicamente sobre mi enfermedad. Otro me señaló que me veía sumido en un agujero sin fondo del cual debía salir cuanto antes. Al fin, así lo percibí, logré una estrecha cercanía emocional con los otros. Pasaron muchos meses hasta que decidí intentarlo, y lo había logrado. Me alegré de que las personas cercanas pudieran comulgar con mis dolencias a través de mi texto, que entendieran en qué tremedal me encontraba y quién era yo desde que la enfermedad había llegado a mi vida. Transcendí mi espíritu para dar cabida a la intersubjetividad. En un oasis creado por las palabras, pude comunicarme. Me alejé de esa alambrada que encerraba mi espíritu, y él caminó por praderas de palabras vestidas de verde. Lo observé alzar la voz.

Al mismo tiempo, la enfermedad me demandaba ejercitar la espiritualidad. Una recuperación enfocada en lo corporal es bastante restringida. Si olvidamos nuestra dualidad cuerpo-espíritu, el cuerpo por sí solo no tiene el acervo suficiente para recuperarse, y mucho menos para restituir la ambicionada apacibilidad. Mi espíritu fue el insigne capitán que comandó mi vida a través de las borrascas.

De este primer ejercicio de escritura, con sus interrupciones y consternaciones, surgieron dos propósitos. El primero, escribir sobre la experiencia de mi espíritu con la enfermedad. Hacerlo me resultó muy terapéutico para aminorar la fiereza amotinada ante el hecho de estar tan enfermo. Al canalizar mi espíritu hacia la mansedumbre, la escritura me ayudaba a recuperarme. ¡Es incontenible el poder del espíritu sobre el cuerpo! A estas alturas de mi vida, poco me importa si esta postura es catalogada como una mera sugestión. Creo que la enfermedad deteriora más rápido el cuerpo si el espíritu está desprovisto de deseos de transformarse. Para mí, fortalecer el espíritu con la escritura fue tan definitivo como las terapias respiratorias y físicas que

debía realizar para recuperarme. Es desafortunado caer en visiones que limitan la enfermedad a lo corporal. Somos una combinación entre cuerpo y espíritu, y cuando estamos enfermos el espíritu puede rescatar al cuerpo. Además, la escritura me indujo a abordar mi principal temor, el de sucumbir a la angustia, y despojé la manigua que obstruía el anhelo indeleble de vivir.

El segundo propósito de este ejercicio es relatar mis vivencias con la enfermedad producida por el COVID-19. Contar mi experiencia a través de las palabras fue la mejor manera de entablar comunicación con los otros. No sabía por dónde comenzar, ni a dónde llegaría. Mi espíritu acogió esta imposibilidad de concreción e insistió en la escritura, que se convirtió en una brújula. Cuando me hundía en las arenas movedizas del escepticismo, ella me decía qué rumbo tomar.

Dos convicciones me sostuvieron en el empeño. La primera, que compartir con otros nuestras experiencias es primordial para recuperarnos. La segunda, que es fundamental tener un propósito de vida. Hay que saber despojar al espíritu de la impaciencia, que nos aconseja de forma descaminada y nos hace perder las razones para vivir. Un propósito es interesante en sí mismo y nos ocupa en actividades que fortalecen el ánimo.

* * *

Miércoles 21 de julio de 2021. Hoy murió Luis Alberto Giraldo Jaramillo, mi tío, quien marcó mi infancia. Una de las grandes lecciones de vida que recibí de él se remonta a una entrevista radial que concedió en 1996. Dijo entonces que cada uno debe resolver sus apuros espirituales si no quiere que lo sigan torturando. Se valió de una alegoría que quedó grabada en piedra dentro de mí. Eludir esos apuros –dijo– es como

pretender cambiar de residencia para huir del fantasma que allí nos asusta. Al tiempo que empacamos con sigilo nuestro equipaje para escapar, el fantasma hace lo mismo, y nos sigue a donde quiera que vayamos. Esa lección la estoy poniendo en práctica en Mi espíritu en palabras: quiero dejar atrás las vivencias de la enfermedad para que mi espíritu parta a una nueva morada libre de fantasmas. Esta breve glosa es un homenaje a la memoria de Luis Alberto, quien supo enriquecer con sus reflexiones las vidas de los demás.



PARTE 2. ANGUSTIA



Los últimos destellos del
ocaso se están desvaneciendo.
Uno a uno, los tonos
vespertinos pierden su
resplandor. Estoy aterrorizado.
La tarde va muriendo.
Constato que la luz del sol me
es tan necesaria como el aire
para conservar la calma de mi
espíritu. Cuando ella ya no
está, mi ánimo se marchita.

Un dolor crudo, áspero, se
apropia de mí sumiéndome en
una amargura que estoy seguro
no había experimentado con
anterioridad. Me apresto

>

a visitar mis recuerdos para corroborar si efectivamente ha sido así. Están plasmados en papeles polvorientos almacenados en grandes cajas de color marrón oscuro que yacen en una especie de habitación: así luce el espacio de mi memoria. Cada caja conserva los recuerdos de un mes de mi vida, y algunas guardan más papeles que otras: ciertos hechos han dejado huellas más hondas y, por ende, han consumido más tinta. Apenas cierro la puerta, encuentro las cajas correspondientes a los dos últimos diciembres con una simple apostilla en mayúsculas sostenidas que reza con imperativa contundencia: «OLVIDAR».

Inmerso en la habitación de mi memoria, me despojo de los lentes para descifrar las letras que he escrito con un lápiz de mina negra. Una lámpara de patas largas y brazos diminutos, hecha de cedro color cereza, emite en un costado intermitentes destellos amarillos: sus bombillas son tartamudas. Sin embargo, esa escasa claridad impide que tropiece con las cajas, en desorden por el suelo. La roída caperuza transmite una idea de vetustez que se acompasa con la ancianidad de mis papeles, como si hubieran nacido en la misma fecha.

En esta habitación no hay escritorio, así que leo de pie. Busco entre mis recuerdos las explicaciones deseadas. Cuando escribo, también lo hago de pie: por alguna razón, ese apoyo me permite encauzar la inspiración antes de que mi espíritu se sofoque. Además, tras tantos días en la cama del hospital, lo que más anhelo es levantarme y sostenerme por mí mismo. Estar sobre mis piernas me libera. Tomo algunos papeles, noto sus borrones e intuyo que la ira fue la causante. Quizá al transcribir algo me sentí a disgusto, como si mi espíritu estuviera apegado a un libreto ajeno.

Cuando me adentro en los recuerdos, acostumbro dejar mi reloj de pulso en una mesita. En esos momentos mi espíritu precisa sus propias escalas de medición, lejos de discusiones bizantinas sobre aceleración o desaceleración, prontitud o lentitud. Enclaustrarme en esa habitación induce a mi espíritu a disfrutar lo vivido al repararlo a través de las palabras.

Pese a mi celo, mis recuerdos fueron desordenados y sobrepuestos por la enfermedad, que revolcó con alevosía indomable cuanto encontró a su paso. El desenlace es un caos diacrónico en que mi identidad se ha visto peligrosamente comprometida. La percibo vacua, despojada de su sentido originario. Apenas me doy cuenta hoy, después de muchos meses sin visitar mi memoria. Me sobrepongo a este hallazgo porque entiendo que la única manera de contrarrestar la enfermedad es volver con inmensa compasión a mis recuerdos. Ojeo papeles de varias cajas y no hallo ninguna alusión a un padecimiento similar al que me aqueja con crudeza desoladora. Eso me alivia: no recordar una experiencia tan nefasta como la actual me produciría un gran desconcierto y, en especial, una desconfianza inmensa respecto de mí mismo. Termino la búsqueda que me apremiaba porque tengo la genuina intención de recoger los papeles y devolverlos a sus cajas. Si bien esta tarea me demanda mucha pericia, la cumplo, por respeto a mi memoria.

Me enorgullece saber que tengo mis recuerdos conmigo porque siento que documentan mi biografía, y mucho más cuando veo que la enfermedad no me los pudo arrebatar. La memoria es tal vez el único sustrato que da consistencia a la identidad de lo que hemos sido. Alguna

vez me propuse construir un fichero usando mi máquina de escribir proveniente del viejo mundo –creo que llegó en un baúl desde Italia cuando yo aún no había nacido–, pero no tenía criterios para clasificar mis archivos, y tampoco la disposición temperamental para leerlos y acomodarlos en las cajas según el orden que hubiese podido pactar con mi espíritu. De cualquier modo, estar entre mis recuerdos me da la garantía de que ellos no se esfumarán, de que estarán ahí cuando necesite rastrear el origen de los hechos que esté viviendo. Es valioso entender el presente a partir del pasado, lo que solo puede hacerse cuando este se encuentra registrado. Me digo, triunfalmente, que la enfermedad no logró destrozar mis archivos. Mi voz resuena en cada rincón de la habitación.

Todavía dentro de mi memoria, pongo los ojos sobre la lámpara y reflexiono sobre la escritura. No sabría decir por qué las experiencias adversas han sido el detonante para mi proceso escritural; en mi caso, la plenitud no tiene relación causal con la creatividad. Es más bien al revés: el dolor abre paso a la creación. Sin embargo –no me importa ser reiterativo–, ni mi espíritu ni mi memoria habían sido afectados de esta manera por la enfermedad. Este novísimo sentido de impotencia me llena de pesadumbre y me hace darme cuenta de que no tengo voluntad ni fuerzas para expulsar la enfermedad de ese espacio tan íntimo de la recordación que ha hecho posible mi identidad. Si hace un momento celebré la victoria, ahora me siento derrotado. Quizá deba almacenar los recuerdos de estos días terribles en cajas de otro color, para que no ensucien ni erosionen los más antiguos. Me pregunto si la enfermedad tiene la capacidad de destrozar cuanto adquirimos antes

de su aparición. Azul y blanco son los colores que estoy contemplando usar, los de las vestimentas de quienes me rodeaban en el hospital donde permanecí más tiempo.

De pronto, escucho voces extrañas: «¡No más papeles! ¡Fuera de aquí!». «Pero mis lentes están en la mesita...», exclamo. Me niegan el derecho a tomarlos. Alguien me expulsa de la habitación sin razón alguna mientras me aprieta el tórax con una delgada cadena plástica que me está quemando. Mis costillas están muy apretadas y mis pulmones no están funcionando. Una soga gruesa hecha de sábanas me corta la circulación de las extremidades. Alguien me dice con tono destemplado que si quiero liberar mis pies tendré que romperme los huesos. Los demás hacen apuestas sobre el tiempo que me tomará consumir esa acción. Mi pie derecho se esmera, y lo animo a fracturarse: su pérdida será preferible al aplastamiento de mi pecho. Una figura maternal clama, con lágrimas desgajándose por el cuello, que se detenga esa tortura: «Ya ha sufrido demasiado. Es de humanos que se apiaden de él». Pide clemencia varias veces hasta que las súplicas le estrangulan la voz. La indolencia es la respuesta. Una ráfaga fuerte, cuyo olor acre me recuerda el de las aguas termales de Puracé, me nubla los sentidos. En medio de la bruma, identifico la silueta de varias personas que han ido en mi búsqueda sin poder encontrarme. «Papá, ¿dónde estás?». Siento alivio al saber que es mi hijo, el que lleva el nombre de mi abuelo. No puedo moverme. Mi corazón se detiene, hasta que unos choques eléctricos me regresan a mi enfermiza postración. Suplico que perforen mi cabeza y acaben de una vez por todas conmigo, o lo que queda de mí. Me increpan diciendo que no lo harán, que su

divertimento se extenderá hasta cuando su arbitrio así lo señale: verme sufrir los alienta. Este padecimiento maldito no va a detenerse, concluyo.

70/
71

Desterrado de la habitación que guarda mis recuerdos, vuelvo otra vez a los moribundos destellos del ocaso. Como un viento terrible, mi silbante indefensión resopla con intensidad. Mientras estuve dentro de mi memoria, el horizonte se congeló; ahora se estrecha al estilo de una pesadilla claustrofóbica. El frío me recorre el cuerpo. Estoy petrificado, mis pies atados a una indescifrable tierra.

Me enajena la incapacidad de resolver mi situación. Infiero que la indefensión abona la imposibilidad. En la sin salida, vislumbro una cosecha de desenlaces poco prometedores. Debo ser sincero: la muerte es lo que recogeré.

Cuando me falta la templanza para afrontar el transcurrir de la vida, surge la amenaza de su desaparición. Una vida sin hilo conductor es insoportable para mi espíritu. Haber perdido ese conjunto de comprobaciones que daban consistencia a mi rutina es indescriptible. No cuento con una base sólida sobre la cual hacerme viable.

La enfermedad impone la catástrofe como marco de comprensión. Aquí no hay cielos azulados ni verdor en las montañas, y el ruido de las quebradas es inaudible. Deprimente en sus trazados, líneas y formas, este cuadro borra las últimas huellas de ánimo que reposan en mí.

Mi corazón crepita, la sangre en mis venas va tan rápido que parece galopar. Es un tormento incontrolable, sin rumbo definido, del que sé cuándo inicia, pero no cuándo cesará. Estoy apresado por un súcubo indócil, que de manera siniestra me impide avizorar un futuro. Junto a este demiurgo maléfico de la enfermedad, lo fatídico

pulula y mi destrucción se amasa a fuego lento. Su función, que pretende ejercer con prontitud, es la del exterminador. Por más que he pretendido guarecer mi prosperidad en el bolsillo derecho, como suelo hacer con mis objetos preciados, él aplica su frivolidad para agotarla, para arrastrarme a los sótanos de la extinción.

Impetuoso, el corazón no se resiste a ninguno de los clamores de mi debilitado espíritu. Desde que estoy enfermo, el enfrentamiento entre ellos no me permite vivir en paz. El esternón se contrae y con el dolor anticipo una nueva catástrofe, como las que han venido ocurriendo en los primeros días de los meses anteriores. Mi espíritu se aterra cuando el calendario marca con campanarios destemplados la llegada de un nuevo mes. En mi mente, arrojo a la hoguera las hojas que representan esos días y evocan mis desgracias; mi calendario luce cada vez más desgarrado. Entiendo que esto se ancla a un pensamiento de candidez hartamente empalagosa, casi mágico: como si las cenizas pudieran detener el tiempo y apaciguar mi mancillado espíritu. Pero estoy hartamente de contemplar mi persistente debilidad.

Mi respiración no fluye y mi corazón despide cada vez más sangre; se exagera tanto que los latidos se convierten en punzantes espasmos que se irradian por mi pecho. Se hace sentir con una intrepidez inescrutable para recordarme que el momento que he estado eludiendo se ha consumado: desaparecido el último de los destellos, empieza la temible noche. Añoro los días largos en que los resplandores ingresaban a chorros a nuestro comedor, haciéndonos sentir los rigores del verano en Estocolmo. Respiro el poco aire adyacente antes de entregarme a mi destino. Ese destino que desprecio desde aquel día, del

cual no me quiero acordar jamás, cuando mi sosegado espíritu fue sacudido por un seísmo que removió el baluarte donde reposaban mis convicciones. Estar enfermo y desacompañado de mis certezas ha disgregado mis rutinas en pequeños fragmentos que no encuentran acomodo en los capítulos de mi discurso biográfico.

Antes tibias, mis yertas manos se despliegan con apuro para proteger mis oídos, aun sabiendo que el ruido impetuoso no viene del exterior, sino del inconsciente. Dentro de él reverberan emociones disímiles y multiformes. Me propongo definirlas, caracterizarlas. Sé que no será una tarea sencilla, pero amerita intentarlo: si las delimito, mi espíritu entenderá de qué le están hablando y qué expectativas se ciernen sobre él. Esta avalancha de emociones incomprensibles es una de las desventuras que me agobian en el caótico estado de enfermedad. Doy vueltas alrededor de mis emociones, pero surgen más interrogantes que aproximaciones para elucidarlas. Me pregunto por qué no son verbalizables, por qué no se dejan encuadrar en un marco de significado; sé que eso les confiere la fuerza suficiente para desbocar mi corazón.

Pasados varios años sobre este cosmos imperfecto, creo que nacemos cargados de emociones y luego nos estampan las palabras. Intento, sin éxito, contener las emociones. De manera recurrente, se deslíen; mi pensamiento se declara incapaz de referirse a ellas. Intuyo que son opuestas a las palabras porque no tienen volición para someterse a una sintaxis históricamente concebida y solo obedecen a sus propias reglas. Aunque se me muestran esquivas, las percibo con mucho ruido. El inconsciente me gobierna y se apodera de mi cuerpo. Su pugnacidad con la conciencia agota lo poco que quedaba de mi identidad.

Debatiéndose entre las emociones y las palabras, mi espíritu bifronte ha llegado a un lúgubre callejón del que no sabe cómo salir. Esta deslocalización perversa, remolino hostil, me deja sin convicciones. Sé que no retornaré de este extrañamiento sin haber perdido un segmento considerable de las certidumbres que fundamentaron mi conciencia e hicieron posible mi identidad.

Cada rompimiento es un cataclismo. Cuando intento reconstruir lo poco que resta en pie tras los huracanes que han destrozado mi espíritu, se resquebrajan los cimientos y solo quedan cúmulos de escombros y una polvareda que me enceguece y oculta el paisaje. Se esfuman mis pensamientos pasados. Sin recordación, mi espíritu está aturdido. La memoria es un artilugio inútil, un escueto registro que no relaciona el antes con el todavía. Hago ingentes esfuerzos para regresar a esa habitación y contrarrestar esta aseveración, que se me presenta excesivamente real. ¿Cómo podré vivir sin recuerdos? Ser desconocido por mi huero espíritu representa una cruel consumación de mis días.

Es inexplicable encontrarme sin recuerdos y con anhelos. El fracaso y la desilusión se han convertido en mis referentes. Lo que conseguí en el pasado se ha perdido, destrozado por las estocadas de la enfermedad; lo que podría conseguir en el futuro muere antes de nacer por la misma razón. Maldigo a la enfermedad por lo que me ha hecho. Maldigo a mi espíritu por su incapacidad de procurarme protección y dejarme a merced de ella.

Poco a poco se instala la penumbra. Caigo de rodillas; exangüe, soy incapaz de practicar movimiento alguno. Mi mirada, ansiosa espectadora de los efímeros destellos del ocaso, se fija ahora en los lóbregos rescoldos del día. Con ellos se apagan dentro de mí la fe y el amor, únicas anclas

para sobrellevar la fatalidad de lo que ha sido la pérdida de mi identidad.

74/
75

La noche es un pórtico espantoso que se abre a un espacio amorfo y pestilente. Sus horrendas bisagras profieren sonidos destemplados. Con un aldabonazo, me notifica que *Ella* se acerca; desciende directamente del éter. *Ella* tiene nombre, pero por ninguna razón lo voy a decir. No mancharé con él mis páginas: es el único recurso del que dispone mi volición.

Después de analizar la situación con presteza diligente, me figuro que ese pórtico fue concebido como una especie de arco triunfal: celebración del vencedor sobre el vencido. Símbolo conmemorativo para no olvidar mi propia desgracia, para acostumbrarme a ella y hacerla tan natural que encaje perfectamente en los engranajes que imprimen movimiento a mi cotidianidad.

Impertérrita, *Ella* se detiene para que el poderoso rugido del céfiro me deje apreciar el vuelo de su larga y negrísima capa. Su estatura supera la mía, y lleva un elegante sombrero que me deja entrever sus cuencas, sus ojos azabaches y su bronceo pico, que luce con dulzura macabra. Quisiera motejarla: quizá esto me ayudaría a mantener a raya el terror que me inspira y que acoquina mi espíritu dejándolo a merced de sus pretensiones. Esa temible aparición evoca en mí el fúnebre pánico que me provocaron hace tiempo, en aquella ciudad cerca del océano Pacífico, unos maliciosos cuervos. Era uno de esos días en que se estaba despidiendo el invierno, y la bandada descansaba apaciblemente cerca de una gran torre con reloj. El mar golpeaba el muro de piedra gris destinado a contenerlo. En ese lúgubre paisaje, los ojos de los pájaros, más negros que su plumaje, se hundieron en mi espíritu

dejando mis entrañas al descubierto. Traté de apartarme de allí y, azorado, perdí el rumbo.

Ella hace parvos esfuerzos para disimular su entrada. Con lentitud enfermiza, se inclina para saludarme. ¡Qué desfachatez! Desenfunda sus huesudos dedos y los acerca a mi pecho para indicarme que un oscuro hado decidirá sin compasión los sucesos próximos. Escucha mis latidos desenfrenados, mis venas a punto de reventar. Conoce muy bien lo que sucede dentro de mi inconsciente y se adueña de mis emociones. Es cruel. Su pico espeluznante me anula, haciendo que mis razonamientos se apelmacen en una caterva deforme. No tengo palabras con qué conjurar el torbellino de emociones mórbidas que me envuelve y que *Ella* alimenta con presteza.

De manera impúdica, *Ella* se refocila infiltrando en mí recordaciones irreconciliables, me arrebató los anhelos y bufó iracunda sobre mi inconsciente y mis enrevesadas emociones. Estoy débil, no tengo palabras. *Ella* se adueña de todo y ahoga hasta su extinción mi conciencia. En los sueños angustiosos que alimenta, exhibe sus dotes actorales; es una taumaturga consumada. Está representando a unas figuras de bata blanca que, en círculo a mi alrededor, me ponen sogas en el cuello para obstruir la tráquea. Se jactan de entorpecerme el uso de la voz. *Ella* sabe que transmite emociones sofocantes que galopan sobre mi pecho para hacer más dificultoso mi sueño. Rápidamente, poso las yemas de los dedos sobre mi cuello para cerciorarme de que aún respiro. Mi canosa cabeza naufraga en sudor; un calor opresivo taponó mis poros hasta sumergirme en una borrascosa asfixia. Estoy inmóvil. Mi cuerpo está detenido. Me digo que por nada del mundo *Ella* debe enterarse de que sigo con vida: su malhadado poder crece cuando

descubre que aún tengo reservas para confrontar los sueños que me impone.

76/ 77 Sin dormir, estoy sumido en una congoja de espanto. Pero intento no cerrar los ojos: la experiencia me dicta que al hacerlo las imágenes se intensifican –son más vívidas– y mi vulnerabilidad se acrecienta. En la primera hospitalización aprendí que debía mantener los ojos bien abiertos. Me esforcé por hacerlo durante lapsos prolongados, hasta que se pusieron vidriosos; entonces supe que nada sustraería mis recuerdos para manipularlos y hacerme renegar de mi propia biografía. Advierto mi cuerpo tendido y los recuerdos que transitan, alterados, en hileras tan largas que parecen infinitas. La veo a *Ella*, sentada en el techo de nuestro primer hogar. Está viva: con sus espantosos dedos sostiene su capa para que el viento no la arrastre. Me veo intentando escribir con los pulgares sobre dispositivos que imagino en las barandas de mi cama del hospital. Pido ayuda, suplico que alguien descienda a este socavón. Nadie responde. *Ella* se burla con carcajadas cínicas. Sabe que la escucho con nitidez. Está sembrada en mi inconsciente; juega con mis emociones y destroza mi espíritu. Ignoro de qué lugar proviene, pero conozco su cometido: adueñarse primero de mis emociones, después de mis palabras, y por último de mi existencia.

Recojo algo de mi identidad entre los escombros que han dejado las arremetidas de *Ella* a mi inconsciente. Elevarla a la categoría de fetiche es imperdonable: me arrastra a un precipicio oscuro y pesimista. El pánico se acrecienta de forma desproporcionada cuando recuerdo sucesos en los que estuve en riesgo de morir; me aterroriza lo que pudo haber ocurrido por no entender a lo que estaba expuesto.

En ocasiones fingí ante *Ella* una longanimidad perdurable, en un esfuerzo por hacer llevadera mi existencia. Pero cada vez ese fugaz deseo se hizo trizas ante el portentoso poderío que *Ella* detentaba sobre mi espíritu. La traidora felonía a que ha apelado con mucha inteligencia me sumió en la confusión, llevándome incluso a sospechar que la había doblegado, la había reducido a un recuerdo más de los que duermen en las hojas empolvadas. Mi espíritu la archivó y convirtió ese momento en un deslumbrante trofeo que exhibió por todos los rincones de la memoria. Sumido en el quebramiento persistente, hizo remilgadas monerías para cernir mantos de triunfantes capitulaciones. Pero en realidad se estaba marchitando.

Prescindo de *Ella* para manifestar que mi espíritu dejará de ser una sarta de antinomias para ser una dialéctica en que emociones y palabras produzcan mi identidad, como años atrás. Negar lo más reciente o maldecirlo ha sido un inmenso desatino. Un sabotaje a lo que soy.

He aprendido que mi inconsciente es un océano de emociones que puede dar contentamiento a mi espíritu, y que *Ella* se alborozaba cuando las conquista. No puedo seguir tras los barrotes del pasado para no vivir el hoy y el mañana. Aprender de lo que pasó con mis emociones en los últimos meses me lleva a proyectar la vida de otra manera. Expectante, mi espíritu quiere abrir de par en par las puertas al porvenir.

Con satisfacción, reconozco mis infalibilidades, más allá de los crudos ciclones que he debido enfrentar. Nací para ser esposo y padre: tantas conquistas personales, tantos proyectos concebidos para convertirme en el esposo de Carolina y el padre de Jorge Enrique, Juan Ignacio e Isabella... Cada uno es un universo que vale

la pena conocer, entender y amar: sus pensamientos, sueños, miedos... Aunque yo haya renegado de las vivencias recientes, ellos han mantenido la valentía y la disposición amorosa de sus corazones. Con sus manos tiernas me reconfortan, secan mis lágrimas y me arrancan sonrisas. Ellos tienen la llave para cerrar el pórtico que la enfermedad le abrió a *Ella* sin restricción alguna. Gracias a este incólume faro, siempre encendido, no he perdido el rumbo al vaivén de los horrendos episodios de los últimos meses.

El deseo de vivir muchos años, para ser partícipe con mi esposa de la construcción de los proyectos de vida de nuestros hijos, estremece mi corazón de ternura. No existe razón alguna, así la enfermedad se esfuerce en hacérmelo creer, para continuar sometido a *Ella* cada día, cuando el ocaso desaparece y la noche se adueña del firmamento. El mejor antídoto contra sus embates es mirar la vida con un propósito que me aliente a esforzarme por abandonar este estado de postración. Reconocer que la plenitud está en mí me reconforta.

* * *

Comencé a escribir estas líneas el 3 de junio de 2021, cuando pude por fin sujetar con empeño y sostener por algunos minutos mi pluma. La tinta que corría por sus venas se había solidificado. Intenté varias maniobras de reanimación hasta sentir su pulso galopante otra vez en las yemas de mis dedos. Cuando los sonoros latidos de la pluma se hicieron escuchar con nitidez altisonante, mi corazón se conectó a ella en una maravillosa condensación entre lo material y lo inmaterial.

Habían pasado más de tres meses –trece semanas con sus 91 días– desde la última vez que la había empuñado. En ese tiempo, desarrollé una obsesiva necesidad de contabilizar el paso de los días. Fue el recurso al que me aferré cuando desperté en la primera hospitalización. Puse a prueba mi memoria haciendo recuentos, para cerciorarme de que estaba en el mismo punto en el tiempo del cual había partido después de perder la conciencia en agosto de 2020. Desde el inconsciente, turbulentos recuerdos dominaban mi accidentada conciencia y me hacían dudar sobre el momento y lugar en que me encontraba. Sentía que el tiempo y el espacio saltaban de aquí para allá. Cerraba los ojos para permanecer en el mismo punto, y al abrirlos percibía una especie de saltos cuánticos, muy de los secretos entresijos de la entropía. Todo ello me conducía a intuir el reinicio del año. Infería que el mundo había decidido regresar al año anterior y estábamos nuevamente en el paso entre diciembre de 2018 y enero de 2019. Recordaba ese fin de año al lado de mi esposa, bajo un cielo estrellado. Me figuraba que el universo había conjugado el 2019 con el 2021 porque no valía la pena registrar el 2020, así que un extremo de mi línea temporal era diciembre de 2019 y el otro era enero de 2021. Estaba suspendido en el aire, esperando que la pandemia nunca llegara, para eludir las desgracias que trajo consigo y que sacaron cada una de nuestras debilidades a flote. En el 2019 era una nuestra vida. Luego los giros de traslación y rotación nos condujeron a aquel año incalificable. Olvidarlo –pensaba– era lo procedente para recuperar la vida.

Ante mi desubicación, y desconociendo por fortuna las elucubraciones que rondaban mi mente, aquellos que se acercaban a mi lecho me decían que era agosto y que el calendario indicaba el año 2020. Mi recuerdo último, antes de ingresar al hospital, era de julio: la celebración del cumpleaños

de Juan Ignacio. No podía enfocar los rostros de mi esposa y mis hijos, se difuminaban cuando procuraba traerlos en ese agosto aún ajeno a mí. Recité en voz muy baja mi nombre, conté las letras que componen mis nombres y apellidos, la fecha y el lugar de mi nacimiento, mi edad, la dirección de mi residencia, el número que me fue asignado para identificarme como ciudadano, los nombres de mi esposa y mis hijos. Enuncié las fechas biográficas de una de las personas a las que había dedicado dos libros extensos antes de caer apresado por la pandemia. Me pregunté si primero había perdido a su padre o su madre, y las fechas de sus muertes. En las hospitalizaciones posteriores se disparó esa estruendosa avidez de contar.

Durante esas trece semanas en que no hubo maridaje entre mi pluma y mi espíritu, la perpetuidad asumió la cara de la improbabilidad, de principio a fin. La enfermedad se extendió en mi cuerpo y en mi espíritu alterando mi apreciación sobre el transcurrir de las cosas. Mi pluma y mis dedos habían perdido la armoniosa simetría que les permite bailar sobre las hojas en blanco. En ese lapso viví dos hospitalizaciones, en cada una de las cuales debieron practicarme dos intervenciones con pocas horas de diferencia entre una y otra. Pasaba de la unidad de cuidados intensivos al quirófano y viceversa. Mi cuello estaba sometido a unas punzadas que me infligían sufrimientos atroces. Sin embargo, mi cuerpo fue perseverante; las hospitalizaciones anteriores no habían mermado en nada su decisión de seguir. Lo admiré. Fue el cuerpo quien auxilió al espíritu, y ambos batallaron para procurar la vida en mí.

El espíritu me dictaba que no escribiera hasta llegar a un remanso de calma: intuía que las atronadoras turbulencias eran impedimento para valorar lo aprendido. Escribo sobre Ella (la angustia) porque ha estado sujetando mi espíritu con el firme propósito de hundirlo en la incredulidad, y debo eludirla. La

angustia es, por principio, un temor que nos desestabiliza. Me ha hecho sentir que es inefable, pero este escrito me ha concedido la posibilidad de abordarla. Cuando estamos disminuidos y postrados, la enfermedad es equiparable a un tobogán en el cual ninguna pirueta es efectiva para detener el deslizamiento, que aumenta su velocidad a medida que descendemos. La enfermedad me arrojó con insidia por una cuesta llena de angustia, sin que mi espíritu pudiera saber cuál sería su destino.

Opté por no mencionar a la angustia por su nombre y llamarla Ella, en mayúscula porque consideré que debía adquirir una identidad. Fue la forma de darle el estatus que como persona –así la consideró mi espíritu– merecía, pues no solo había logrado afligir mi descanso, sino que me había sumido en atmósferas tenebrosas que me hicieron dudar sobre mí y sobre lo que vendría. Me alejaba de cualquier tranquilidad, llevándome a lugares sórdidos en los cuales sentía próxima mi terminación definitiva.

Puedo decir que hoy mi espíritu tiene más talento que antes para lo vivido en la dimensión propia del inconsciente, y que la angustia ha sido reducida a sus justas proporciones. Siempre estará en nosotros, pero nunca debe ser superior a nosotros porque inviabiliza lo que podemos llegar a ser. Está en mí sin arrojarme cada noche, como antes lo hacía, a la desventura.

Concluí este escrito el 16 de junio de 2021.



PARTE 3. VIDA



Los inconfundibles aromas que expele grácilmente la primera comida del día empiezan a enlazarse, en un espectáculo que convierte lo rutinario en majestuoso. A la primera impresión, transmiten la extraña apariencia de un nudo gordiano, pero de forma pacífica se han puesto de acuerdo para procurar un aspecto agradabilísimo a cada rincón del comedor. Se fusionan cadenciosamente con los acogedores rayos

>

del sol que atraviesan con piadoso ímpetu los límpidos cristales del balcón. La combinación de las sensaciones procedentes del olfato y la vista exagera el deleite de apreciar los objetos materiales que me rodean. Mis ensoñaciones toman la forma de imágenes que me sugieren que estoy tomando mis alimentos en la suprema mismidad del paraíso terrenal recién creado, reluciente aún. La dulce pureza y el vivo frescor que subliman este paraíso son apacibles cómplices que alborozan mi espíritu. Mis pies desnudos reciben con inmensa complacencia la tibieza que el piso de madera sabe albergar. No pueden guardar reposo: disfrutan deslizándose, de aquí para allá, irguiéndose por algunos instantes en los talones y después descansando su peso en el hallux derecho.

Percibo los ruidosos borbotones del agua que hierve. Luego, el vapor que brota del café recién preparado me da una calurosa bienvenida a la mesa, me transmite un entusiasmo contagioso. Disfruto contemplando con detalle los llamativos ornatos de la taza que lo contiene. Son hojas, tal vez de una de las plantas características de la preciada y fría sabana, pintadas en varios tonos de azul y encrisnejadas dando la apariencia de rutas que se cruzan. Mi dicha se acrecienta cuando estoy cara a cara con el amasijo circular de maíz que es típico de nuestro país. Las marcas verticales sobre su superficie indican que la flama ya hizo su labor: está en el punto exacto para reposar al lado de la taza de café.

Lo corto en pequeños trozos que conduzco con excesiva calma a mi boca. Antes no me daba la oportunidad de comer con lentitud por estar embrollado en los afanes de lo laboral. Tuve que caer enfermo para descubrir el placer de detener los minutos y permitir que el todo fluya acorde

a mi ritmo. Saboreo cada trozo un buen rato y lo acompaño con un gran sorbo de café, que bebo en estado puro, sin aditamentos que varíen su color oscuro y su amargor estridente. De vez en cuando lo agito para que no pierda por la sedimentación su densa espesura.

No deja de sorprenderme gratamente la manera como ciertos fenómenos materiales tienen incidencia en las manifestaciones físicas que nos rodean. El alimento de las primeras horas del día hace que los fenómenos externos que sobrecogen a mi espíritu sean reemplazados por sensaciones cálidas. Pude comprobarlo cuando estuve hospitalizado. El dolor en mi garganta era nefando, pero lo deponía para dar paso al sabor de los alimentos, animándome a apreciarlos.

Contemplo el panorama y lo percibo despejado. El consumado azul es potente y se me antoja proponerlo como mi color predilecto para la eternidad. No aprecio en qué lugar finaliza; más bien, lo infinito envuelve mi espíritu y ensancha sus umbrales. Mi finitud se amalgama con la infinitud que me cubre. Su grandeza es mi grandeza y me conduce a la inmensidad. Observo embelesado, no solo por la exquisitez de unas pequeñas pinceladas blancas sobre el tono que predomina, sino también por la avenencia y la interminable serenidad.

He asumido como práctica rutinaria dedicar mi atención a contemplar sin un orden preestablecido el cielo, que no es uniforme ni de apariencia regular. Este ejercicio desata las ataduras de mi espíritu. Mis registros, apilados sin clasificación alguna en mi recordación, me indican que ningún cielo se parece al anterior, ni al que está por nacer al día siguiente, ni al que vendrá después de ese, y así en lo sucesivo. Cada uno es un irrepetible caleidoscopio,

impredecible en sus formas. La disposición de las nubes captura el interés contemplativo de mi espíritu. Pienso que la vida, como el cielo, es cambiante y no está sujeta por razón alguna a un formato dispuesto que todos debamos seguir.

En una de las imágenes más impactantes que he adivinado en el cielo, el viento desnudó entre las nubes el rostro de un oso inmenso, parecido a un grizzly, para delinear a paso seguido el pétalo de una flor y finalmente una montaña de picos generosos. Estas figuras me recordaron los paisajes de aquella pequeña ciudad en la cual se divisa, desde una colina elevada, el encuentro entre el río y el mar, en una suma de colores variopintos. El reflejo cristalino me otorgaba apacibilidad después de haber estado por horas en una biblioteca memorizando extensos listados de palabras.

¡Cuántos cielos espectaculares se fueron entre mis dedos mientras estuve hospitalizado! Las ventanas estaban inundadas por el resplandor, que no solo alumbraba la estancia, sino que le daba tibieza, pero la postración de mi espíritu no me concedía apreciar la prodigalidad del sol. Deslucía cuanta maravilla iba apareciendo cerca de mí. Lamentablemente, la valoración de lo material está sujeta al vaivén de nuestro ánimo.

Me siento privilegiado por habitar esta zona del planeta en que los azules resplandecen sin respiro, uno y después el otro, sin interrupciones ni cambios extremos. En el calendario, ninguna fecha sugiere que el sol dejará de fulgurar para dar paso a días sin resplandor o, por el contrario, que el exceso de luminosidad será tan abrasador que hará difícil la conciliación del sueño. El equilibrio entre claridad y penumbra es justo en sus proporciones: el número de horas dispuesto para apreciar el brillo del

firmamento es el mismo con que cuentan las estrellas para danzar en él. Los días son regulares. Sabemos cuándo despuntan y cuándo concluyen.

Después del último sorbo de café, que bebí muy lentamente para prolongar hasta donde me fuera posible su final, riego con una pequeña jarra las rosas de la matera. Están sobre una mesita hecha de metal, una aleación que simula hierro. Son cuatro rosas, dos de las cuales se destacan por su estatura. Una tiene pétalos en abundancia, y los tallos de dos se inclinan hacia la derecha. Cuando el helaje es más pronunciado que en otras madrugadas, las cuatro se abrazan en un círculo que las resguarda, emanando la tibieza propicia para conciliar el sueño.

Las rosas suelen cantar con sus brillantes pétalos rojos. Son muy vanidosas a la hora de ser retratadas. El aroma que expelen sus cuerpos en movimiento es embriagador. Se mantuvieron radiantes mientras estuve hospitalizado; fueron solidarias conmigo al no apagar sus colores. Cada vez que retornaba del hospital, las hallaba más hermosas que la última vez que las había admirado. Leales a su belleza, engalanaban sus pétalos para recibirme, pintando los cristales con sus formas. Se ponían de acuerdo para pestañear con delicadeza al verse reflejadas en los ventanales.

Regreso a la mesa, que desnuda su blanco inconfundible. Tomo una silla y mientras voy descansando mi cuerpo sobre ella me viene a la mente una conversación que tuve con mi esposa hace unas semanas sobre la adversidad y los cambios que produjo en las direcciones más insospechadas. Ella aludió metafóricamente a las borrascas, que remueven las entrañas de las nubes, arrancan los árboles más tupidos desde sus raíces y forman rápidos

furiosos que arrastran cuanto está a su paso. Después, el cielo resplandece en cada uno de los puntos cardinales. El verdor espléndido se siente mucho más y su resplandecimiento es tan vívido que no existen límites más allá de lo que contemplamos.

Hace poco, el turbión que trajo la enfermedad limpió mi espíritu. Ella apareció sin anunciarse y estremeció mi existencia. Al llegar la noticia de la pandemia, me sumé en los libros con la intención de encontrar alguna explicación sobre esa infamia en que estábamos sumidos. Ellos afirmaban que ninguna bacteria o virus podría convulsionar a la humanidad, como sí lo harían la exclusión, la desigualdad, la intolerancia. No pocos de ellos recitaban el manido estribillo de que nos habíamos apoderado de las cosas, de que éramos los dueños de todo cuanto nos rodea. Una pandemia era una entelequia inverosímil, un recuerdo fugaz de algo que conocíamos de oídas. Sin embargo, la enfermedad se hizo dueña del globo terráqueo. Los datos sobre infectados y muertos, procedentes de lugares muy lejanos de nuestra geografía, fueron avanzando a pasos agigantados. De repente, ya éramos parte de los reportes oficiales y nos convertimos en un número más. Eso tan lejano se hizo tan cercano que muchos caímos enfermos y muchos murieron.

Proclamé a los cuatro vientos la repulsión que me producía la enfermedad, pero no sabía cómo deshacerme de ella lo más pronto posible y de manera definitiva. No la quería más conmigo –o, mejor, dentro de mí–; me estaba carcomiendo y mi cuerpo indefenso no podía actuar contra ella. La angustia de no saber en qué momento lo poco que quedaba de mi salud se esfumaría era una tribulación ineluctable.

El sentimiento de agobio fue invadiendo mi espíritu a pasos agigantados y en un instante estaba sumergido en la desesperación más atroz. Mi recordación todavía tiene amargas memorias al respecto, entre ellas, la de los números que un dispositivo en forma de pinza arrojaba después de ponerlo en uno de los dedos de mi mano izquierda. Él dictaba qué tan grave era mi estado, especialmente cuando el dolor en el tórax me indicaba que el aire no podía ingresar a mis pulmones y el color morado de mis uñas era escandaloso. Así hubiesen quemado y retirado los restos que obstruían mi tráquea, el temor a un cerramiento se hacía palmario.

Postrado en cama tras la tercera cirugía, conocí a una persona que estaba hospitalizada por la misma razón que yo. Había conocido pacientes en mis hospitalizaciones previas, pero interactuar con otros no resulta muy factible cuando falta la respiración y las complicaciones asociadas con el habla y la audición son muy explícitas. Más allá de las señas universales que se puedan hacer con las manos, no hay otro mecanismo de comunicación. Recuerdo a alguien que fue trasladado de la unidad de cuidados intensivos a cuidados intermedios, pues su estado había mejorado. Cuando nos despedimos en una tarde grisácea de sábado, me dijo que faltaba poco para que yo saliera de allí. Pasados unos días, me informaron que se había agravado y estaba muy delicado. Ese hecho fatídico fue desconcertante y avivó mi angustia de no tener asegurada la recuperación. Decidí no entablar más conversaciones: era suficiente con mi propia tribulación.

El de la tercera hospitalización fue un encuentro muy distinto. Mi esposa sugirió el intercambio de números telefónicos. Fue una grata sorpresa saber que ambos

habíamos sobrevivido al virus, que habíamos estado en una unidad de cuidados intensivos sin conciencia e intubados, él más días que yo, y que nuestras esposas e hijos habían pasado por la experiencia de casi perder a sus esposos y padres. Tiempo después, nuestra voz se hizo rauca y debimos regresar al hospital ante la evidencia de la desmejora. No sabíamos de las horripilantes oclusiones ocasionadas por las intubaciones prolongadas, y mucho menos de lo debilitadas que estaban nuestras tráqueas y lo que supondría su desinflamación y posterior cicatrización. Nunca entendimos las razones por las cuales los médicos a cargo de nuestros diagnósticos y tratamientos no nos mencionaron este efecto de la intubación. Él me decía que tal vez no lo habían hecho para librarnos de angustias adicionales. Yo replicaba que consideraba aquello un acto inescrupuloso: tendrían que habernos explicado los riesgos asociados al procedimiento. Habernos dado de alta sin esa información era inconcebible, máxime tratándose de una complicación que podría obstruir el paso del aire hacia nuestros pulmones de por sí maltratados y desembocar en la parálisis de nuestros corazones.

Por las imprevistas circunstancias que rodean las casualidades, fuimos operados por los mismos cirujanos en los mismos hospitales y recibimos los mismos mensajes sobre lo que vendría: quemar, retirar, recaer, dilatar, inflamar, desinflamar, retirar. Los médicos siguieron el mismo libreto para explicar a nuestras esposas el estado en que nos encontrábamos después de las intervenciones. No variaron las palabras, y mucho menos las entonaciones. Los fatalistas dictaminaron que habíamos ingresado a un túnel sin regreso. El más didáctico usaba una pizarra ilusoria en la que ilustraba en qué parte de la tráquea

estaba ubicado el cerramiento. Poniendo una gruesa mordaza a sus emociones, el más tosco se limitaba a decir que la cirugía había estado en los parámetros normales de una intervención de ese tipo. Su rudeza hacía imposible entablar conversación: sus monólogos eran bastante disuasorios de la interacción social. Ninguno de ellos ofrecía consuelo.

Al apreciar nuestros rostros de infelicidad, nuestras esposas nos socorrían con una plétora de palabras optimistas sacadas de su botiquín de primeros auxilios. Fueron efectivos pararrayos ante el desabrigo que se interponía entre nuestro lúgubre estado anímico y la esperanza que ellas cultivaban siempre. Cuando acumulamos en nuestro haber la cuarta cirugía, los cirujanos se arroparon con la bata despiadada de los fatalistas y las contradicciones entre ellos se hicieron palpables. No se ponían de acuerdo sobre los diagnósticos ni los procedimientos: ¿era mejor intervenir de nuevo, o mantener las férulas que nos habían implantado para impedir el cerramiento? En el entretanto, éramos presa de la zozobra y experimentábamos una inmensa preocupación porque no sabíamos qué hacer ni teníamos la tranquilidad de haber identificado la mejor opción.

El cerramiento de la tráquea nos confinó a los dos a sendos sofás. Ese desenlace agorero era comprensible: nos dábamos cuenta de la manera como la enfermedad rendía nuestra ya frágil salud. En medio de nuestros apuros para proferir palabras debido al poco flujo de aire producido por la sibilancia, intercambiábamos a través del teléfono reflexiones alrededor de nuestra funesta suerte. La primera y más recurrente era esta: no encontrábamos una explicación contundente o con un matiz de justeza para

justificar que fuéramos merecedores de ese castigo sumario que se nos estaba infligiendo de manera repetitiva. No había habido un juicio justo del destino a la hora de tomar esa temeraria decisión. El afrentoso dolor que habíamos estado padeciendo era desproporcionado a la luz de cualquier examen. Nos preguntábamos, en legítima defensa, qué habíamos hecho. Esa coherente lógica según la cual lo perpetrado conduce a una expiación feroz nos desvelaba. Rebuscamos hasta en el último rincón de nuestro espíritu, sin identificar nada que pudiera corresponder a un castigo de esas proporciones. Desde su primera aparición, la enfermedad se nos mostró como la encarnación de una punición que se hizo sentir en nuestro cuerpo y desmoralizó nuestro espíritu. Con reclamos e impropiedades planteábamos nuestros alegatos al destino, que nos había puesto en tan gran aprieto.

La segunda reflexión tenía que ver con el oscurecimiento del espíritu. Deseábamos adoptar una postura optimista ante nuestra tragedia, pero era un cometido irrealizable. Por la interdependencia crítica entre cuerpo y espíritu, cuando alguno de los dos no está en condiciones óptimas, el otro se resiente. La vida se nos fue yendo. Pretendiendo recuperarla, cada uno hizo ejercicios espirituales a su estilo, pero fueron infructuosos. Nos hundíamos en las arenas movedizas del deterioro físico. Estábamos acostumbrados a que el cuerpo respondiera a cualquier exigencia que le hiciéramos; era normal verlo comportarse según lo deseado. De un momento para otro, estábamos en constante peligro de que él colapsara, y esa sensación de pérdida era escabrosa.

La tercera reflexión se relacionaba con el hecho de que nuestra calidad de vida se había estropeado.

Extrañábamos poder trabajar, desempeñar nuestras responsabilidades y lograr nuestros sueños.

Gracias a estas reflexiones pude poner en perspectiva mi enfermedad. Mi espíritu sintió solidaridad, y con ello mi retraimiento disminuyó. La enfermedad dejó de ser singular para hacerse colectiva. Ahora veía que no solo estaba determinada por los hechos que vivimos, sino también por las impresiones que tuvimos. Las entrañas reclaman, de vez en cuando, que el interlocutor haya vivido en carne propia la enfermedad para poder compartir a plenitud lo que significa estar enfermo. Y esa experiencia no es solo de carácter físico, sino también emocional y espiritual. Los interrogantes que nos planteamos y las respuestas que obtenemos revisten mayor alcance cuando hallamos que otra persona los ha planteado y vivido igual que nosotros. Se teje una solidaridad de pesares y angustias compartidos y dejamos de percibirnos como extraños ante nosotros mismos. Esos lazos duraderos rompen barreras que consideramos inquebrantables.

Al mismo tiempo, el intercambio de información práctica sobre qué hacer en ciertas situaciones constituye un conocimiento común que vale por sí mismo. Un conocimiento que se construye con la experiencia y que luego podemos compartir con nuestros congéneres enfermos. En nuestro caso, ese intercambio fue de una utilidad inconmensurable. A diferencia de la información que se recaba de diversas partes, la cimentada en lo aprendido es muy genuina. Al acercarnos a personas que han pasado por experiencias similares a las nuestras, la enfermedad nos enseña que ella no es un asunto de cada uno. La vinculación con otros a través de la enfermedad es muy provechosa. Compartir con quienes comulgan

con nuestros dolores a través de la verbalización de lo experimentado es fundamental para comprenderse a uno mismo.

98/
99

* * *

Una noche en que las osadas estrellas no dejaban colar rayos de lobreguez, mi espíritu me preguntó de repente por qué quería seguir viviendo. Su voz hizo explotar mis oídos y el cielo estrellado se esfumó. Mis ojos estaban muy abiertos y fijos en él. De manera súbita, pasé de contemplar esa belleza a contemplar mi espíritu, que dejó su interrogante tendido sobre la mesa de vidrio. Él sabía que aún me atascaba, de vez en cuando, en las trampas tendidas por el indomable miedo. No era cualquier miedo, ni cualquier trampa. Asumí que mi espíritu me estaba poniendo a prueba con esa pregunta. No para hacerme daño: más bien, pretendía centrarme en mis convicciones para no perecer ante las trampas del miedo.

No tuve que pensar mucho para responder a la pregunta. No hubo duda que me hiciera flaquear. Era un verbo transitivo, con lo que ello implica gramaticalmente. Amar. Amar a mi esposa y amar a mis hijos, esto es, amar a mi familia. Porque amo, vivo; por ese sentimiento intenso, mi existencia es factible. «Amar es la razón en que se resume querer estar vivo», le dije a mi espíritu. Él fue quitando las pocas trampas que aún estorbaban mi andar y me indicó el firmamento. Vi la palabra «amar» escrita allí.

* * *

Comencé a escribir estas líneas el 19 de junio de 2021. Unas semanas antes había concluido «Noche», texto que compartí con varias personas. Algunas confundieron la angustia con la muerte: la figura de los huesudos dedos se asocia indiscutiblemente a la parca. A la angustia, al parecer, le es prohibido tener dedos con estas características, para uso exclusivo de otra entidad; están escriturados por la historia.

También envié ese texto al médico psiquiatra que me había sido recomendado para hablar sobre la angustia que me tenía atrapado en el insomnio. Cuando nos reunimos le narré con mucho detalle mi experiencia con la enfermedad, basándome en lo que había escrito, e hice énfasis en la angustia. La enfermedad es corporal y espiritual. Ya suena a estribillo esta afirmación, pero es mejor no enviarla al ostracismo sin más. Me fue muy útil escribir sobre mi angustia y acercarme a ella con un profesional. Al concluir la sesión, me sugirió que me mantuviera en la labor de escribir porque a través de ella había encontrado una forma de comprender a mi espíritu, de adentro hacia afuera, y así reforzar lo que estaba recibiendo de la medicina, de afuera hacia adentro. Hago la salvedad de que él no empleó el término «espíritu»; sin embargo, no es desatinado equiparar lo psíquico con lo espiritual. Esta discusión aún no se supera, así haya corrido mucha tinta en el último siglo y tengamos cada vez más conocimiento sobre la mente. El psiquiatra y yo coincidimos en que la medicina tradicional, por ponerle algún apelativo, tiene el gran desafío de romper lo especializado para dar paso a lo holístico, o lo que uno de los internistas que me atendió refirió como «visión interdisciplinaria». Mi caso era un ejemplo de ello: mi estado de salud ameritaba la atención de un cirujano de tórax, pero a la vez mi espíritu estaba abatido. Esta formulación sobre la importancia de un enfoque holístico resulta convincente, pero no es practicable en términos reales.

Cada especialista conoce de su asunto y como pacientes debemos buscar al que corresponda, pues nuestros cuerpos y espíritus son complejos y esa complejidad demanda una especialización del saber médico.

Esta pandemia ratificó que requerimos del personal de salud para atender nuestras diversas demandas. Los que estuvimos intubados en unidades de cuidados intensivos por varios días debido al COVID-19 experimentamos afectaciones múltiples después de ser dados de alta. Para hacer tolerable la situación, fue muy útil escucharnos, darnos apoyo y compartir información sobre qué especialista contactar y qué tipo de medidas adoptar.

Aquel sábado 19 adquirió la categoría de inolvidable porque después del desayuno mi esposa y yo regresamos a las primeras emociones que han hecho posible, hasta hoy, nuestro amor y nuestra vida como pareja por más de veintiún años. La sensación de no tener razones para vivir es sorteable con los recuerdos que están guardados cariñosamente en el corazón. Encontrarnos sumergidos en esos recuerdos nos conmovió, y soñamos como no lo habíamos hecho en meses. Fue una conversación plácida que me hizo entrever que el ayer es tan inspirador como el mañana cuando está atravesado por el optimismo.

Comencé este texto con la idea de dar cierre a la narración sobre mi enfermedad. Consideré que ya había logrado plasmar en palabras las representaciones que había hecho mi espíritu de la enfermedad y la angustia. Ambas me pedían un rostro, que intenté darles en «Enfermedad» y «Angustia». Ahora mi espíritu me reclamaba un texto lleno de color: era el turno de escribir sobre lo próspero. Acordé con él un título y un tono que atestiguaran el cambio. No es saludable ni para el cuerpo ni para el espíritu alimentar la angustia con palabras: ellas están hechas

también para crecer en fe. Con esta aseveración no pretendo afirmar que la enfermedad desaparece si adoptamos un discurso entusiasta, pero es cierto que cuando los mensajes que llegan al espíritu son optimistas la vida reverdece. No puedo ocultar que durante la escritura de este texto, los dolores producidos por los apuros de estar enfermo aparecieron más de una vez. De manera reiterada, consideré extraerlos para que el resplandor dominara mis palabras. Esto me presentó un gran dilema, pues mi identidad no puede eludir la enfermedad y mucho menos la experiencia que tuve con ella. Es parte de lo que soy y seguiré siendo, así que resultaba improcedente eliminar las alusiones directas a ella: estaría negando parte de mí.

Después de ese sábado, este texto contaba con un párrafo, si es que una oración se puede considerar tal. Me había dedicado a los otros apartados que componen Mi espíritu en palabras. Tuve más urgencia de escribir la dedicatoria a mi familia, el reconocimiento a mi esposa y los agradecimientos a aquellas personas que salvaron mi vida y nos acompañaron. Pero este texto seguía teniendo un solo párrafo. Escribimos aquí y luego allá, regresamos y nos vamos otra vez. Es parte del proceso, según mi experiencia. Veía cómo las palabras iban aumentando en cada uno de los apartados, pero aquí la contracción era el denominador común.

Los títulos de los textos dirigen mi escritura, así al esculpirlos no tenga los contenidos en ciernes y no haya trazado el nudo ni el desenlace. Ese es mi punto de partida: los títulos son el faro que alumbra el contorno de mis escritos. Cuando me embarco en la creación de un texto, comienzo por ahí. Es una técnica que me ha servido para sembrar los escritos y recoger su cosecha. No puedo ocultar que en varios ensayos mi espíritu ha creado unos títulos tan exultantes que después las palabras no logran llegar a su altura. ¡Cómo extingue la estrechez de

vocabulario el arte de crear textos! Mas esa grandilocuencia no es recomendable en algunos casos. En vez de procurar la escritura, produce una parálisis en que mis dedos y mi pluma quedan arrojados a la contemplación. Los silencios se extienden y las palabras, expectantes, se retiran pasados algunos momentos, porque ellas están para la creación y no para la inacción. Culpé al título de este texto, «Vida», de mi pérdida de ánimo, y me dije que debía reemplazarlo por otro. Pero no pude encontrar uno tan convincente.

La experiencia con este texto la asemejo a varios episodios que he vivido en estos meses con la enfermedad. Es mejor tener anhelos y proyectos, así tardemos un poco en concretarlos. De otra manera, el espíritu carece de propósitos. Ser persistentes en conseguir la plenitud de la vida se nos debe convertir en el principal propósito, y la mejor manera de hacerlo es asignando títulos promisorios a los capítulos que escribimos.

Concluí este escrito el 28 de julio de 2021.



Jorge Enrique Celis Giraldo

Sociólogo y magíster en Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, realizó una maestría en Estudios Internacionales y Comparados en Educación en la Universidad de Estocolmo gracias a una beca otorgada por el Instituto Sueco. Hace más de veinte años trabaja en el sector de la educación, y ha ocupado cargos de dirección en varias entidades públicas y universidades colombianas. Hace parte del grupo de investigación en Ingeniería en la Educación STEM+B de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional de Colombia.

<https://www.linkedin.com/in/jorge-celis-0180b1208/>

104 páginas. Ilustraciones. – (Entre Letras; n.10)
Incluye información biográfica de los autores.

ISBN: 978-958-739-321-7 (Impreso)

ISBN: 978-958-739-322-4 (Digital)

1. Enfermos – Testimonios 2. Médico y paciente -- Testimonios 3. Hospitales 4. Pandemia COVID-19, 2020- -- Aspectos sociales 5. COVID-19 (Enfermedad) – Aspectos psicológicos. -- I. Celis Giraldo, Jorge Enrique II. Correa Sepúlveda, Ricardo III. Roesel Maldonado, Mónica IV. Gallego Cataño, Miller Alejandro V. Universidad El Bosque.

Fuente. SCDD 23ª ed. – Universidad El Bosque. Biblioteca Juan Roa Vásquez (enero de 2023) - GH

ENTRE LETRAS - n.º 10 /

Mi espíritu en palabras

ISBN: 978-958-739-321-7 (Impreso)

ISBN: 978-958-739-322-4 (Digital)

DIRECCIÓN EDITORIAL /

Mónica Roesel Maldonado

DIRECCIÓN GRÁFICA Y DISEÑO /

Miller Alejandro Gallego Cataño

CORRECCIÓN DE ESTILO /

Editorial Universidad El Bosque

TEXTOS /

Jorge Enrique Celis Giraldo

ILUSTRACIONES /

Ricardo Correa Sepúlveda

IMPRESIÓN /

Image Printing

Bogotá, D. C., Colombia

Febrero de 2023

© Editorial Universidad El Bosque /

© Universidad El Bosque /

La Universidad El Bosque se reserva todos los derechos sobre esta publicación. Cualquier tipo de reproducción requerirá autorización expresa.

Publicación sin valor comercial.



Entre Letras es una publicación semestral de la Editorial Universidad El Bosque que busca poner al alcance de la comunidad universitaria ensayos, cuentos, poesías y crónicas de autores nacionales y universales reconocidos por su calidad literaria. *Entre Letras* tiene como propósito fomentar el gusto por la literatura en la Universidad, se publica en formato de cuadernillo con ilustraciones, y es de distribución interna y gratuita.

Prohibida su venta.

[E N T R A S E]
LETRAS

Mi espíritu en palabras
fue editado y publicado por la Editorial Universidad El Bosque.
Febrero de 2023,
Bogotá, D. C., Colombia

El día y la noche
Isabella Celis Cortés



[E N T R A S E]
LETRAS



UNIVERSIDAD
EL BOSQUE

Editorial